

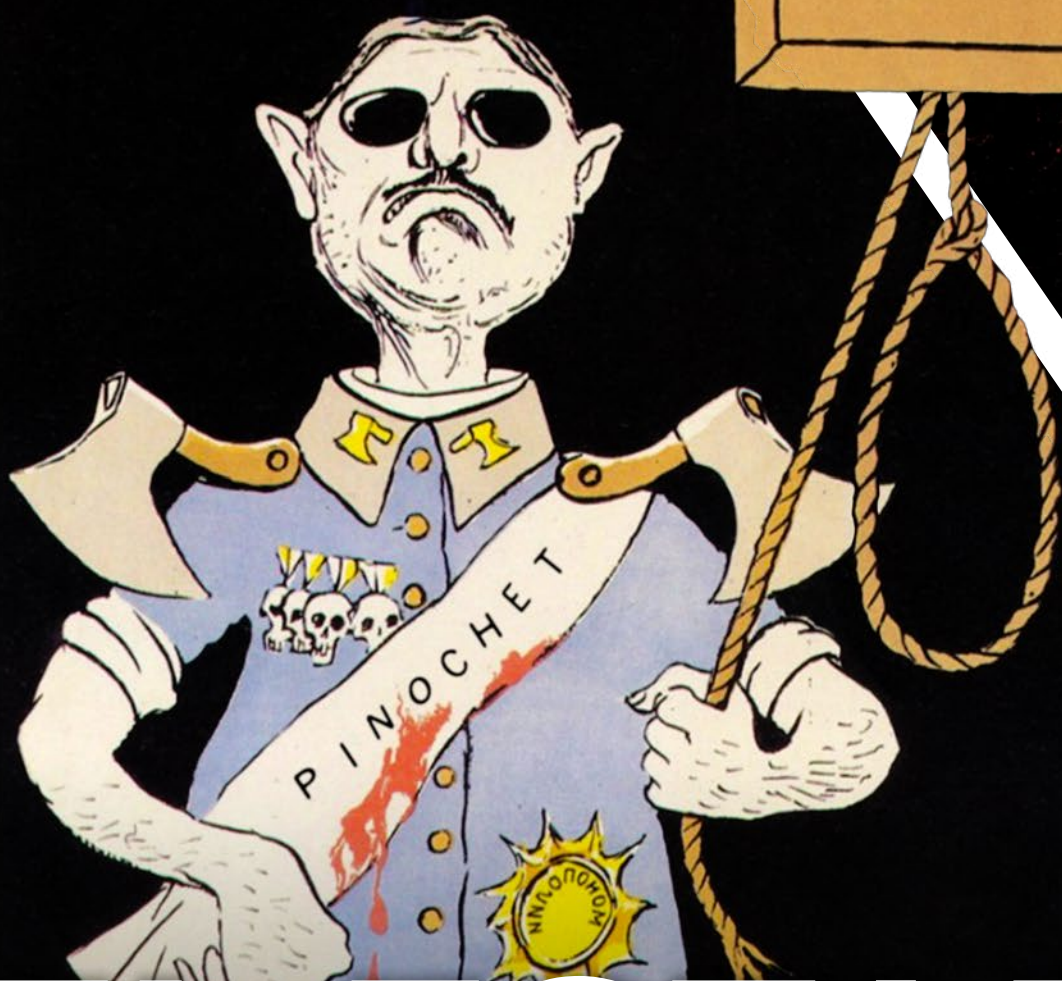
América

SOCIALISTA 32

en defensa del

MARXISMO

Agosto 2023



EL ESTADO

Incluyendo:

Lucha de clases en la República romana

Demagogos y dictadores: ¿Qué es el bonapartismo?

50 años del golpe de estado en Chile

Una crítica marxista de El amanecer de todo

Editors:

Alan Woods
(editor in chief)

Rob Sewell

Hamid Alizadeh

Francesco Merli

Daniel Morley

Ben Curry

Josh Holroyd

Jorge Martín

(edición en español)

Diseño:

Jesse Murray-Dean

América **SOCIALISTA**

Revista
teórica de la
**Corriente
Marxista
Internacional**

Todas las imágenes
sin crédito son de
dominio público

Portada: El "humanismo" de Pinochet,
Kukryniksy (1974)

El artículo sobre Balzac que
aparece In Defence of Marxism
está disponible en la web.

Índice

Editorial

p4



p12

Demagogos y dictadores,
¿qué es el bonapartismo?



p28

¿Cómo podemos ser libres?
Una crítica marxista de
El amanecer de to do



p7

Lucha de clases en la
república romana



p21

Chile:
A 50 años del golpe de estado

América Socialista - en defensa del marxismo es la revista teórica de la Corriente Marxista Internacional en español y se ha editado de manera ininterrumpida desde febrero de 2009, con distribución en todo el continente americano. "Sin teoría revolucionaria no puede haber tampoco movimiento revolucionario", como explicó Lenin. El objetivo de la revista es librar una batalla ideológica en defensa de las auténticas ideas del marxismo, como guía para la acción revolucionaria.

En nuestra página web puedes encontrar un archivo de todos los números anteriores de la revista para leer en línea o descargar como PDF. Animamos a los activistas de la juventud revolucionaria y del movimiento obrero a hacer suya la revista, estudiar y discutir sus contenidos y ayudar a su más amplia circulación.

Si estás de acuerdo con nuestras ideas, únete a la Corriente Marxista Internacional. La lucha por la transformación socialista de la sociedad es la causa más grande a la que merece la pena dedicar nuestras vidas. Ponte en contacto:

Contacto

REDACCIÓN

contacto@marxist.com

CANADÁ

Fightback
fightback@marxist.ca
www.marxist.ca
Tel: (416) 461-0304
La Riposte
lariposte@marxiste.qc.ca
www.marxiste.qc.ca

ESTADOS UNIDOS

Socialist Revolution
www.socialistrevolution.org

MÉXICO

La Izquierda Socialista
www.marxismo.mx
contacto@marxismo.mx
Tel: +52 55 8561 3576

BOLIVIA

Lucha de Clases
lucha.clases.bolivia@gmail.com
FB: LuchadeClasesBO

BRASIL

Esquerda Marxista
www.marxismo.org.br
contato@marxismo.org.br
Fone Brasil: (+55 11) 99965-5542

ESTADO ESPAÑOL

www.luchadeclasses.org
contacto@luchadeclasses.org
Tel: 646 630 889

CHILE

Corriente Marxista Internacional
chile@americasocialista.org

HONDURAS

facebook.com/IzquierdaMarxista
izquierdamarxista.wordpress.com
izquierdamarxista.hn@gmail.com

GUATEMALA

cmiguatemala2020@gmail.com
Tel: +502 42042891

COLOMBIA

Colombia Marxista
www.colombiamarxista.com
colombiamarxista@gmail.com

VENEZUELA

Lucha de Clases
Tel.: 0412-378-82-03
www.luchadeclasses.org.ve
cmivenezuela1@gmail.com

EL SALVADOR

Bloque Popular Juvenil
www.bloquepopularjuvenil.org
redaccionmilitantebpj@gmail.com
Tel: +503 7300-5356

ARGENTINA

Corriente Socialista Militante
www.argentinamilitante.org
elmilitante.argentina@gmail.com
Tel: +54 9 3416 565104

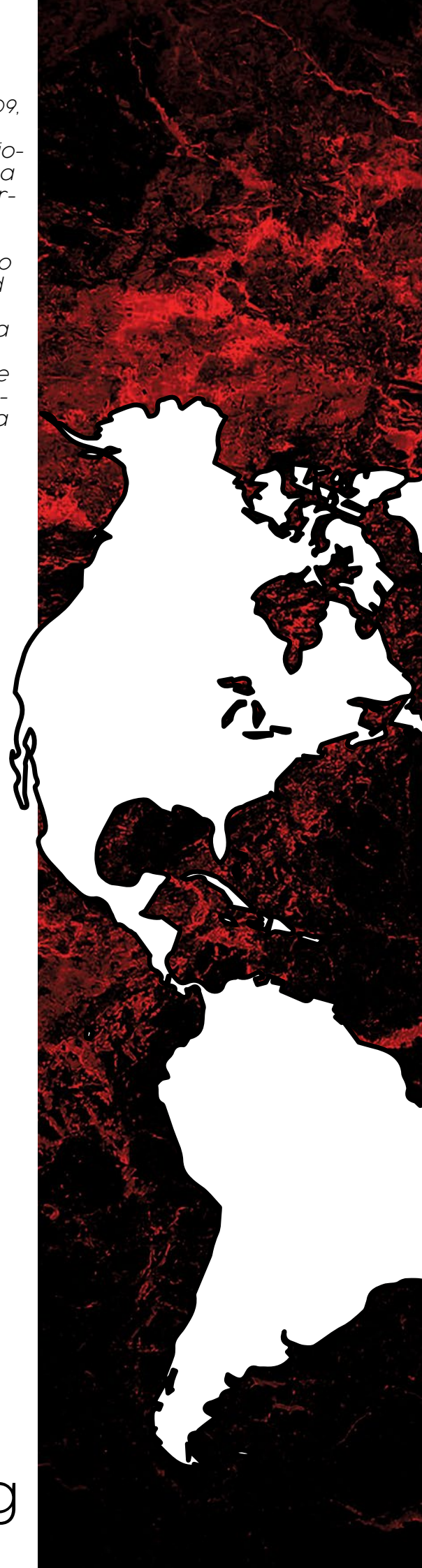
PUERTO RICO

Rumbo Alterno
www.rumboalternone.net
rumboalternone@gmail.com

PERU

cmi.peru2021@gmail.com

americasocialista.org



EDITORIAL: EL ESTADO, EL INDIVIDUO Y LA VISIÓN MARXISTA DE LA HISTORIA

ALAN WOODS

“ Un día vemos las estrellas aquí, y mañana allá: y nuestra mente encuentra algo incongruente en este caos - algo en lo que no puede poner fe, porque cree en el orden y en una ley simple, constante y universal. Inspirada por esta creencia, la mente ha dirigido su reflexión hacia los fenómenos, y ha aprendido sus leyes.
En otras palabras, ha establecido que el movimiento de los cuerpos celestes se ajusta a una ley universal a partir de la cual puede conocerse y predecirse todo cambio de posición. El caso es el mismo con las influencias que se hacen sentir en la infinita complejidad de la conducta humana. ”

Esas sabias palabras de Hegel son una respuesta muy adecuada a quienes afirman que la historia no puede comprenderse, que es una mera aglomeración de accidentes regidos por ninguna ley, por citar las palabras de Arnold Toynbee: “sólo una maldita cosa tras otra”.

Las leyes que rigen la historia humana son sin duda más complejas que muchos otros fenómenos naturales. Pero el hecho de que algo sea más complejo no significa en absoluto que sea imposible de comprender. Si así fuera, el progreso de la ciencia se habría detenido hace mucho tiempo.

Hace unos años, participé en un debate sobre Rusia en el Trinity College de Cambridge. Hasta ese momento, había olvidado lo mal que estaban las cosas en las universidades. Inmediatamente observé un hecho interesante sobre la conducta de nuestros intelectuales de clase media. Es el siguiente:

A nadie se le permite hacer ninguna declaración positiva sobre nada. Cada frase debe ir precedida de palabras como: “creo” o “me parece”. Me parece que estos señores y señoras académicos serían incapaces de decir siquiera: “Quiero ir al baño”, sin expresar antes sus dudas internas sobre el tema.

A primera vista, esto puede parecer simplemente una trivialidad, una especie de tic nervioso o un hábito irritante. Sin embargo, si se analiza más detenidamente, expresa una desviación moral y filosófica muy pernicioso. Lo que quieren decir,



Julius Caesar, Andrea Ferrucci (c. 1512)

aunque no sean conscientes de ello, es que *la verdad objetiva no existe*.

Esta idea no es nueva. No es moderna, ni siquiera posmoderna. Fue expresada muy bien hace mucho tiempo por el sofista griego Gorgias, quien dijo: “nada existe y, aunque exista, su naturaleza no puede ser comprendida y, aunque pudiera serlo, uno no es capaz de comunicar esa comprensión a otra persona”.

Nuestros supuestos amigos posmodernistas no han avanzado ni un solo paso desde entonces. Se limitan a repetir de forma torpe e incoherente las ideas que Gorgias expresó con admirable claridad hace dos siglos y medio.

Los académicos burgueses traducen su ignorancia del latín al griego y lo llaman agnosticismo, que significa precisamente lo mismo: *sin conocimiento*. Pero los

marxistas rechazamos este escepticismo vacío que intenta ocultar su vacuidad tras una espuria fachada de “objetividad”.

De hecho, no hay, por definición, absolutamente nada objetivo en el idealismo subjetivo que reduce todo el universo a un Ego misterioso que subordina toda la realidad a su capricho subjetivo.

¿PUEDEN SER OBJETIVOS LOS HISTORIADORES?

Por muy desapasionado y “objetivo” que quiera ser el historiador, es imposible evitar tener algún tipo de punto de vista sobre los acontecimientos descritos. Afirmer lo contrario es intentar defraudar al lector. Los persistentes intentos de los historiadores académicos burgueses de esconderse tras una hipócrita fachada de supuesta objetividad no pueden ocultar



Georg Wilhelm Friedrich Hegel

el hecho de que en todos los casos están guiados, consciente o inconscientemente, por el deseo de defender el orden social existente y sus valores.

Para demostrar esta afirmación, sólo es necesario echar un vistazo a la montaña de basura que se ha producido en los últimos años para “demostrar” que la Revolución bolchevique fue, en el mejor de los casos, un terrible error, y en el peor, un crimen contra la humanidad.

Apenas es necesario señalar que estos trabajos “científicos” son poco más que burda propaganda, llena de las más flagrantes mentiras y distorsiones, cuya única intención es, citando las palabras de Thomas Carlyle (refiriéndose al tratamiento igualmente calumnioso de Oliver Cromwell por los historiadores contemporáneos), enterrar la Revolución de Octubre “bajo una montaña de perros muertos”.

Cuando los marxistas analizamos la sociedad, no pretendemos ser neutrales, sino defender abiertamente la causa de la clase obrera y el socialismo. Sin embargo, el tomar partido no excluye en absoluto la objetividad científica. Un cirujano que participa en una operación delicada también se compromete a salvar la vida de su paciente. No es en absoluto “neutral” en cuanto al resultado. Pero, por esa misma razón, distinguirá con sumo cuidado entre las distintas capas del organismo.

Los auténticos marxistas siempre se esforzarán por obtener el análisis más científicamente exacto de los procesos sociales, con el fin de influir con éxito en el resultado de la lucha de clases. Pero aquí no se trata solo de una serie de hechos, “uno tras otro”, sin más conexión necesaria que un saco de patatas, sino que trataremos de extraer los procesos generales y explicarlos.

Como dijo Hegel en otra obra “Es, en efecto, el deseo de discernimiento racional, y no la ambición de amontonar un mero cúmulo de adquisiciones, lo que

debe presuponerse en cada caso como poseedor de la mente del aprendiz en el estudio de la ciencia”.²

De ello se desprende que el flujo y la dirección de la historia han sido -y son- moldeados por las luchas de las sucesivas clases sociales para dar forma a la sociedad en su propio interés y los conflictos resultantes entre las clases que se derivan de ello.

EL ESTADO Y LA LUCHA DE CLASES

La cuestión del Estado siempre ha sido un tema fundamental para los marxistas, ocupando un lugar central en algunos de los textos más importantes del marxismo, como *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*, de Friedrich Engels, y *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*, de Marx.

La teoría marxista del Estado y del bonapartismo proporciona el método necesario para distinguir entre los diversos regímenes políticos que surgen y desaparecen en el curso de la lucha de clases y, lo que es más importante, nos permite comprender el tumultuoso periodo en el que estamos entrando, como sostiene Ben Gliniecki en su artículo *Demagogos y dictadores: ¿Qué es el bonapartismo?* Por lo tanto, no nos disculpamos por haber elegido este importante tema como tema central del presente número.

Engels explica que el Estado en todos los periodos normales es un instrumento de opresión de clase controlado por la clase dominante, pero el registro histórico muestra que pueden darse periodos excepcionales en los que la lucha de clases llega a tal punto de estancamiento que el aparato del Estado se eleva por encima de las partes contendientes y gobierna mediante la espada, equilibrándose entre las diferentes clases.

Esta forma de dominio de clase es conocida por los marxistas como bonapartismo, basado en una analogía histórica con el régimen de Napoleón Bonaparte en Francia, pero tiene antecedentes que se remontan mucho más atrás en el tiempo. Mi libro sobre Roma ofrece un breve esbozo del ascenso y caída de la República romana, el auge de la economía esclavista, el declive del campesinado libre y el fenómeno del cesarismo, surgido en ese suelo fértil.

Aunque el cesarismo y el bonapartismo se basaban en dos modos de producción y relaciones de clase completamente diferentes, y por consiguiente tienen muchas diferencias, también muestran similitudes muy llamativas. Por lo tanto, Marx tenía bastante justificación al considerar el cesarismo como un precursor temprano del bonapartismo, y a veces Trotsky utiliza los dos términos indistintamente, como puede verse en su brillante artículo *Bonapartismo y fascismo*.

EL INDIVIDUO EN LA HISTORIA

Los marxistas rechazan la interpretación de la historia del “gran hombre”, que sitúa la fuerza motriz de la historia en las mentes y acciones de ciertos individuos, pero es necesario subrayar que Marx y Engels nunca negaron el papel del individuo en la historia. En *La Sagrada Familia*, escrito antes de *El Manifiesto Comunista*, Marx y Engels explicaban que la idea de “Historia”, concebida al margen de los hombres y mujeres individuales, no era más que una abstracción vacía:

“La historia no hace nada, ‘no posee una riqueza inmensa’, ‘no libra combates’. Ante todo es el hombre, el hombre real y vivo quien hace todo eso y realiza combates; estemos seguros que no es la historia la que se sirve del hombre como de un medio para realizar -como si ella fuera un personaje particular- sus propios fines; no es más que la actividad del hombre que persigue sus objetivos.”³

Pero si los hombres y las mujeres no son marionetas de fuerzas históricas ciegas, tampoco son agentes enteramente libres, capaces de forjar su destino con independencia de las condiciones existentes impuestas por el nivel de desarrollo económico, la ciencia y la técnica, que, en última instancia, determinan si un sistema socioeconómico es viable o no. En *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*, Marx explica:

“Los hombres hacen su propia historia, pero no la hacen a su libre arbitrio, bajo circunstancias elegidas por ellos mismos, sino bajo aquellas circunstancias con que se encuentran directamente, que existen y les han sido legadas por el pasado. La tradición de todas las generaciones muertas oprime como una pesadilla el cerebro de los vivos”.⁴

Lo que hace el marxismo es explicar el papel del individuo como parte de una sociedad determinada, sujeto a ciertas leyes objetivas y, en última instancia, como representante de los intereses de una clase concreta. Las ideas no tienen existencia independiente, ni desarrollo histórico propio. “No es la conciencia la que determina la vida,” escribe Marx en *La ideología alemana*, “sino la vida la que determina la conciencia”.⁵

Las ideas y las acciones de las personas están condicionadas por las relaciones sociales, cuyo desarrollo no depende de la voluntad subjetiva de los hombres y las mujeres, sino que tiene lugar según leyes definidas que, en última instancia, reflejan el desarrollo de las fuerzas productivas. Las interrelaciones entre estos factores constituyen un complejo entramado a menudo difícil de ver. El estudio de estas relaciones es la base de la teoría marxista de la historia.

LIBRE ALBEDRÍO

Un excelente ejemplo de la forma en que los historiadores burgueses se esconden tras una pretendida “imparcialidad” y “rigor académico” para atacar al marxismo es un libro que salió en 2021 afirmando ofrecer “una nueva ciencia de la historia”. Una gran afirmación. Pero al pasar las primeras páginas, uno se acuerda forzosamente del viejo dicho griego: “La montaña estaba de parto, y Zeus se asustó; pero parió un ratón”.

Naturalmente, esta “nueva ciencia de la historia” rechaza todos los planteamientos ‘evolucionistas’ del desarrollo histórico y ataca al materialismo y al marxismo. En su lugar, las relaciones sociales se ordenan “a partir de sus conceptos sobre el orden adecuado de la sociedad”: en otras palabras, por la ‘libre’ elección de las sociedades para decidir todas las cuestiones e ideas.

Todo muy bien. Excepto por una cosa. Como explica Joel Bergman en su artículo *¿Cómo podemos ser libres? Una crítica marxista del Amanecer de todo*, los autores de *El amanecer de todo* son incapaces de explicar nada, ni siquiera de responder a la pregunta que plantean al principio del libro, porque toman como punto de partida de su investigación lo mismo que necesitan explicar, y rechazan el papel determinante de factores materiales ajenos a la mente.

Si siguiendo fielmente la moda posmodernista, intentan utilizar excepciones puntuales para refutar hechos bien establecidos, como el papel de la agricultura en el surgimiento de la sociedad de clases y los Estados. Incluso entonces, sus “excepciones” resultan ser tergiversaciones de los hechos, o incluso refuerzan la posición marxista.



Oliver Cromwell

Uno de los prejuicios más arraigados en la mente humana es la idea del libre albedrío, es decir, la noción de que tenemos el control absoluto de nuestros actos. Pero Sigmund Freud explicó hace mucho tiempo que las acciones de los individuos no son producto del libre albedrío, sino que reflejan poderosas fuerzas inconscientes, de las que el individuo no tiene conocimiento y sobre las que no tiene ningún control.

Del mismo modo, los participantes en la historia pueden no ser siempre conscientes de los procesos objetivos que condicionan sus acciones e imponen limitaciones estrictas a su alcance. No son necesariamente conscientes de las fuerzas reales que les impulsan, sino que tratan de racionalizarlas de una forma u otra, pero esas fuerzas existen y tienen una base en el mundo real.

En la Revolución Inglesa del siglo XVII, Oliver Cromwell y los puritanos a los que dirigió a la batalla creían firmemente que estaban luchando por la victoria del Reino de Dios en la Tierra. Sin embargo, la historia posterior muestra que lo que realmente estaban haciendo era derrocar una forma de sociedad que había superado su propósito histórico, despejando así el terreno para la victoria, no del reino ideal de Dios, sino de la avariciosa burguesía.

Del mismo modo, en el siglo XVIII, Maximilien Robespierre y los líderes de la Revolución Francesa lucharon contra la monarquía feudal bajo la bandera de la Razón, pero detrás de los lemas de Libertad, Igualdad y Fraternidad se escondía el cínico afán de lucro de la burguesía francesa que no desempeñó ningún papel en las luchas revolucionarias contra el antiguo régimen, sino que simplemente esperó entre bastidores para recoger los frutos de la victoria.

En ambos casos, quienes llevaron a cabo la revolución estaban inspirados por una visión de futuro. Estaban sinceramente convencidos de aquello por lo que luchaban. Pero su capacidad para alcanzar sus objetivos declarados iba en contra del estado existente de desarrollo de las fuerzas productivas, que inevitablemente conducía -y sólo podía conducir- a la victoria y consolidación de una economía capitalista.

HONORÉ DE BALZAC

Un ejemplo interesante de cómo las grandes obras de la literatura pueden tener un significado revolucionario es *La comedia humana*, una larga serie de novelas del destacado escritor francés del siglo XIX, Honoré de Balzac. Esta importante cuestión es el tema del artículo de Ben Curry, *La dialéctica revolucionaria de La comedia humana de Balzac*.

Balzac, que era uno de los autores favoritos de Marx, está considerado el padre

de la escuela literaria realista y pretendía explícitamente dar una representación completa y viva de todas las “especies sociales” que habitaban el mundo.

Paradójicamente, en sus propias ideas políticas, Balzac era un reaccionario conservador. Pero su valiente honestidad y su absoluta dedicación a la verdad histórica y al realismo le llevaron a escribir obras que exponen brillantemente la podredumbre y degeneración de la vieja nobleza, y la imposibilidad de restaurar el Antiguo Régimen.

También describe el carácter brutal de la sociedad burguesa, que se desarrolla en esta época. Por ello, los personajes que trata más favorablemente son los republicanos y los revolucionarios.

En aquella época, la clase obrera francesa estaba dispersa y sólo empezaba a tomar conciencia de sí misma. En consecuencia, no aparece en la obra de Balzac, salvo como parte de los pobres urbanos. Pero este hecho no quita nada al valor colosal de estas obras, no sólo como excelente literatura, sino como registro veraz del pasado.

La Comedia Humana de Balzac presenta un panorama magistral de la sociedad francesa de 1815 a 1848. Marx y Engels la tenían en gran estima. En palabras de Engels: “He aquí la historia de Francia de 1815 a 1848... ¡Y qué audacia! Qué dialéctica revolucionaria en su justicia poética!”⁶

Hay algunas novelas escritas en nuestros días sobre las que podrían pronunciarse estas palabras. Estoy pensando en *El hombre que amaba a los perros*, del destacado novelista cubano Leonardo Padura, que ofrece un relato fascinante de los últimos años de Trotsky y su asesinato, o en la maravillosa serie de novelas del difunto Gore Vidal sobre la historia estadounidense después de la Revolución, especialmente su obra maestra, *Lincoln*.

Hay, sin duda, otras honrosas excepciones a la regla. Pero en general, está claro que en la época de la decadencia senil del capitalismo, el burgués es incapaz de elevarse a las alturas de un Balzac o un Dickens, por no hablar de un Dante o un Shakespeare. Tendremos que esperar a que una nueva sociedad nos libere de la esclavitud, no sólo económica y social, sino también intelectual y espiritual.

Londres, 26 de mayo de 2023 ■

- 1 G W F Hegel, *The Encyclopedia of the Philosophical Sciences*, Oxford University Press, 1963, pág 42.
- 2 G W F Hegel, *Lectures on the Philosophy of History*, Dover Publications, 2004, pág 8
- 3 C Marx, F Engels, *La Sagrada Familia*, Claridad, 1971
- 4 C Marx, *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*, FF Engels, 2003, pág 10
- 5 C Marx, F Engels, *La ideología alemana*, Pueblos Unidos, 1974, pág 26
- 6 F Engels, *Karl Marx Frederick Engels Collected Works*, Vol. 49, Lawrence and Wishart, 2001, pg 71



LUCHA DE CLASES EN LA REPÚBLICA ROMANA

La historia del mundo antiguo proporciona un tesoro de lecciones para cualquiera que busque comprender las luchas de clases y las transformaciones sociales que han dado forma al mundo en que vivimos. En esta introducción a su libro de próxima aparición en inglés, *Lucha de clases en la República romana*, **Alan Woods** extrae algunos de los principios fundamentales de la visión marxista de la historia y ofrece una explicación concisa de las causas del ascenso y la eventual caída de la República Romana, en particular del fenómeno del cesarismo.

Para los marxistas, el estudio de la historia no es un ejercicio académico, sino una forma importante de aprender cómo se desarrolla la sociedad y cómo se desarrolla la lucha de clases. Al decir esto, soy consciente de que va en contra de la reciente moda del posmodernismo, que nos informa de que es imposible sacar ninguna conclusión de la historia, ya que ésta no sigue ninguna ley que pueda ser comprendida por la mente humana. Desde este punto de vista, o bien el estudio de la historia es una mera forma de entretenimiento o una completa pérdida de tiempo.

A pesar de la pomposidad con que se expone esta idea, no hay nada nuevo en ella. Despojada de todas sus pretensiones pseudo filosóficas, se limita a repetir una idea que ya expuso de forma mucho más sucinta Henry Ford, quien dijo que “la historia es una basura”, o de forma aún más

divertida el historiador Arnold Toynbee, quien definió la historia como “una maldita cosa tras otra”.

Nada menos que el gran historiador inglés y destacado erudito de la Ilustración, Edward Gibbon, escribió en el siglo XVIII que la historia es “en gran medida el repertorio de las maldades, locuras y desdichas del género humano”¹

Cualquiera que lea las páginas de la gran obra maestra de Gibbon podría ser excusado de sacar conclusiones igualmente pesimistas. Sin embargo, debemos disentir de un método que niega la existencia de leyes en la historia de nuestra especie.

Si lo pensamos un momento, se trata de una afirmación extraordinaria. La ciencia moderna ha establecido firmemente que todo se rige por leyes: desde la partícula subatómica más pequeña hasta las galaxias y el propio universo. La idea de que, en el conjunto de el carácter, la historia y el desarrollo de nuestra especie sean tan

especiales que queden al margen de todas las leyes es bastante absurda.

En lugar de ser una teoría científica, fluye directamente de la noción bíblica de que la humanidad es una creación especial y única del Todopoderoso, tan especial y única que desafía todo intento de comprenderla. Semejante arrogancia suprema va en contra de todo lo que sabemos sobre la naturaleza y el origen de todas las especies animales. Y a pesar de nuestras pretensiones de superioridad, los humanos también somos animales y estamos sujetos a las leyes de la evolución.

Es cierto que las leyes de nuestra evolución social son infinitamente más complejas que las de otras especies. Pero el hecho de que algo sea complejo no significa en absoluto que no pueda analizarse, explicarse y comprenderse. Si así fuera, el desarrollo de la ciencia se habría detenido hace mucho tiempo. Pero la ciencia sigue avanzando, penetrando en los misterios

más complejos de la naturaleza, y no se deja disuadir por los intentos de poner una barrera en su camino, en la que está inscrita la frase: ¡Prohibido el paso!

¿QUÉ ES EL MATERIALISMO HISTÓRICO?

La Historia se nos presenta como una serie de acciones y reacciones de los individuos en el ámbito de la política, la economía, las guerras y las revoluciones y todo el complejo espectro del desarrollo social. Poner al descubierto la relación subyacente entre todos estos fenómenos es la tarea del materialismo histórico.

A primera vista, la multiplicidad de factores que influyen de diversas maneras en la dirección del cambio social parece desafiar cualquier análisis preciso. Muchos historiadores se refugian en la mera afirmación de esta multiplicidad, contentándose con la idea de que la historia es el resultado de la interacción constante de distintos factores. Pero ésta es una explicación que no explica nada en absoluto.

Al igual que las olas del océano, que a primera vista parecen impredecibles y arbitrarias, son sólo un reflejo superficial de corrientes invisibles y cambios en el viento, las acciones de los actores individuales en los dramas históricos son la expresión inconsciente de procesos subterráneos más profundos que se abren paso silenciosamente a través de una compleja red de interrelaciones sociales y que, en última instancia, condicionan las acciones de los individuos y determinan su resultado final.

Los grandes hombres y mujeres que parecen ser la fuerza motriz del drama histórico resultan ser simplemente los agentes inconscientes, o semiconscientes, de profundos cambios en la sociedad que

se producen de forma desconocida para ellos y que proporcionan un marco determinante en el que desempeñan su función histórica.

Si tratamos de definir un elemento que esté siempre presente y que, en última instancia, deba desempeñar el papel más decisivo, ese elemento se encuentra, no en la conciencia subjetiva de los actores individuales del drama histórico, sino en algo mucho más fundamental.

En toda interacción de fuerzas, siempre se da el caso de que algunos factores pesan más que otros. Sin dudar ni por un momento de la importancia de cosas como los accidentes históricos, la competencia o incompetencia, valentía o cobardía, de los individuos, la influencia del fanatismo religioso o incluso las ideas filosóficas y orales, la condición más fundamental para la viabilidad de un sistema socioeconómico dado es su capacidad para satisfacer las necesidades humanas básicas.

Carlos Marx desveló los resortes ocultos que subyacen al desarrollo de la sociedad humana desde las primeras sociedades tribales hasta nuestros días. Antes de que los hombres y las mujeres puedan tener grandes pensamientos, producir grandes obras de arte y literatura, crear nuevas religiones o escuelas filosóficas, primero deben tener alimentos para comer, ropa para cubrir su desnudez y casas que les protejan de los embates de los elementos.

Es aquí donde encontraremos la causa última del auge y caída de las civilizaciones, de las guerras y revoluciones y de todos los grandes dramas que componen la historia de la humanidad. Así lo entendió ya el gran Aristóteles, que escribió en su *Metafísica* que la filosofía comenzó “cuando ya existían casi todas las cosas necesarias y las relativas al descanso y al ornato de la vida.”²

Esta afirmación va directa al corazón del materialismo histórico, 2.300 años antes que Karl Marx. La concepción materialista de la historia es un método científico que por primera vez nos permite comprender la historia, no como una serie de incidentes inconexos e imprevistos, sino como parte de un proceso claramente comprendido e interrelacionado.

Como explica Marx en un célebre pasaje de su prefacio a *Contribución a la crítica de la economía política*:

En la producción social de su existencia, los hombres establecen determinadas relaciones, necesarias e independientes de su voluntad, relaciones de producción que corresponden a un determinado estadio evolutivo de sus fuerzas productivas materiales. [...] El modo de producción de la vida material determina [bedingen] el proceso social, político e intelectual de la vida en general. No es la conciencia de los hombres lo que determina su ser, sino, por el

contrario, es su existencia social lo que determina su conciencia.³

En *el Anti-Dühring*, escrito mucho más tarde, Engels nos proporciona una expresión más desarrollada de estas ideas. Aquí tenemos una exposición brillante y concisa de los principios básicos del materialismo histórico:

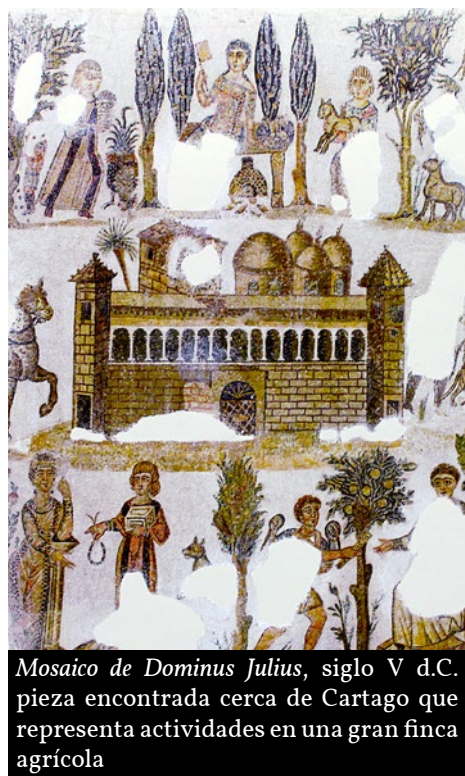
La concepción materialista de la historia parte del principio de que la producción, y, junto con ella, el intercambio de sus productos, constituyen la base de todo el orden social; que en toda sociedad que se presenta en la historia la distribución de los productos y, con ella, la articulación social en clases o estamentos, se orienta por lo que se produce y por cómo se produce, así como por el modo como se intercambia lo producido. Según esto, las causas últimas de todas las modificaciones sociales y las subversiones políticas no deben buscarse en las cabezas de los hombres, en su creciente comprensión de la verdad y la justicia eternas, sino en las transformaciones de los modos de producción y de intercambio.⁴

El Manifiesto Comunista nos recuerda: “La historia de todas las sociedades que han existido hasta nuestros días es la historia de las luchas de clases”.⁵ En el mundo antiguo ya tenemos pruebas claras de esta afirmación. El primer ejemplo de una huelga en la historia registrada se encuentra en el llamado “papiro de la huelga” en el espléndido museo egipcio de Turin, donde se explica en detalle un relato muy interesante de una huelga de los trabajadores que construían la tumba del faraón Ramsés III.

La historia de la antigua Atenas es una de las más violentas y continuas luchas de clases, revoluciones y contrarrevoluciones. Pero la historia más clara y mejor documentada de la lucha de clases en la antigüedad es el riquísimo registro que nos ha llegado de la historia de la República romana. Marx estaba muy interesado en este fenómeno, como aprendemos de una carta que escribió a Engels el 27 de febrero de 1861, en la que leemos lo siguiente:

Para distraerme, de noche he estado leyendo a Apiano sobre las guerras civiles de Roma, en el texto griego original. Es un libro muy valioso. El hombre es egipcio de nacimiento. Schlosser dice que “no tiene alma”, probablemente porque va a la raíz de la base material de esas guerras civiles. Espartaco se revela como el hombre más espléndido de toda la historia antigua. Gran general (no como Garibaldi), noble carácter, verdadero representante del proletariado antiguo.

Pompeyo, en cambio, es una cabal porquería; logró su inmerecida fama haciéndose pasar por acreedor, primero de los éxitos de Lóculo (contra



Mosaico de Dominus Julius, siglo V d.C. pieza encontrada cerca de Cartago que representa actividades en una gran finca agrícola

Mitriades), después de los de Sertorio (en España), etc., como “joven amigo” de Sila, etc. Como general, era el Odilon Barrot romano. Tan pronto como tuvo que mostrar de qué estaba hecho —al pelear contra César— evidenció ser un miserable inútil. César cometió los errores militares más grandes posibles —deliberadamente absurdos— a fin de enfurecer al filisteo que se le oponía. Un general romano común —por ejemplo Craso— lo hubiera derrotado seis veces durante la guerra de Epiro. Pero con Pompeyo todo era posible. Shakespeare, en su *Love's Labour Lost* (Trabajos de amor perdidos), parece haber tenido una sospecha de lo que era realmente Pompeyo.⁶

EL SECRETO DE LA GRANDEZA DE ROMA

En su apogeo, el Imperio romano ofrecía un espectáculo impresionante. Sus edificios, monumentos, calzadas y acueductos siguen siendo hoy un recuerdo mudo pero elocuente de la grandeza de Roma. Pero nunca hay que olvidar que el poder romano se basaba en la violencia, el asesinato en masa, el robo y el engaño. El Imperio romano fue, como todos los imperios posteriores, un ejercicio masivo de opresión, esclavitud y robo común.

Los romanos utilizaron la fuerza bruta para subyugar a otros pueblos, vendieron ciudades enteras como esclavos y masacraron a miles de prisioneros de guerra para divertirse en los juegos de gladiadores. Sin embargo, el Imperio romano comenzó su existencia como un estado minúsculo y casi insignificante que se encontraba a merced no sólo de sus vecinos latinos, sino de los mucho más poderosos etruscos e incluso, en un momento dado, de los bárbaros celtas que derrotaron y humillaron a los romanos.

Al principio ni siquiera poseía un ejército permanente. Sus fuerzas armadas consistían en una milicia basada en un campesinado libre. Su vida cultural era tan pobre como la de los propios campesinos. Sin embargo, en pocos siglos, Roma consiguió dominar no sólo Italia, sino todo el Mediterráneo y lo que entonces se conocía como el mundo civilizado. ¿Cómo se produjo esta notable transformación? La respuesta a esta pregunta sigue siendo un libro cerrado para algunos historiadores modernos.

Hace algún tiempo, vi en la televisión británica una serie sobre la historia de Roma en la que un conocido historiador exponía la idea de que el secreto de la grandeza de Roma estaba de algún modo implantado en la composición genética de los propios romanos. Desde este punto de vista, sus conquistas estaban cantadas.

En este punto dejamos atrás la ciencia y entramos en el reino de la fantasía y los cuentos de hadas. Por qué proceso mágico



La captura de Cartago, Giovanni Battista Tiepolo (c. 1725)

se implantó el secreto de la grandeza en los genes de los primeros romanos es un misterio que sólo conocen quienes lo creen.

Utilizando el método marxista del materialismo histórico, he intentado explicar el proceso por el que Roma se transformó de una humilde ciudad-estado -casi se podría decir que una aldea grande- en una poderosa y agresiva potencia imperialista.

Debo añadir que este caso no es en absoluto único en la historia. La historia muestra la prueba de la ley dialéctica de que las cosas pueden transformarse en su contrario. Hoy se olvida generalmente que la nación imperialista más poderosa de la tierra, los Estados Unidos de América, empezó siendo una colonia oprimida de Gran Bretaña.

Del mismo modo, Roma pasó sus primeros años de vida bajo el dominio de sus vecinos etruscos. Forzada por las circunstancias a una interminable serie de guerras, la sociedad romana se vio obligada a desarrollar una poderosa maquinaria militar, que acabó por someter a todo lo que se le ponía por delante.

Pero estas guerras continuas -que en un principio eran guerras defensivas- se convirtieron en guerras ofensivas, destinadas a conquistar territorios y subyugar a otros pueblos. Esto cambió el carácter mismo de la sociedad romana y la naturaleza de su ejército. A su vez, socavó la existencia misma del factor que había dado coherencia, estabilidad y fuerza a la sociedad romana primitiva: el campesinado romano libre.

LUCHA DE CLASES

Desde los primeros tiempos, en Roma se desarrollaba una violenta lucha entre ricos y pobres. Los escritos de Livio y otros relatan detalladamente las luchas entre plebeyos y patricios, que acabaron en un difícil compromiso. Es cierto que los escritos de Livio, muy posteriores, tienen más sabor a mito que a historia real. Sin embargo, es igualmente posible que estos relatos lleven la impronta de un lejano recuerdo histórico de hechos reales, tal vez derivados de originales mucho más antiguos, ahora, por desgracia, perdidos. Es imposible saberlo.

Los inicios de una crisis en Roma pueden observarse ya en el último periodo de la República, un periodo caracterizado por agudas convulsiones sociales y políticas y por la guerra de clases. La conquista de Estados extranjeros sentó las bases para una transformación de las relaciones productivas mediante la introducción masiva de la esclavitud.

Cuando Roma ya se había hecho dueña del Mediterráneo al derrotar a su rival más poderoso, Cartago, asistimos a lo que en realidad fue una lucha por el reparto del botín. Los campesinos libres, obligados a pasar largas temporadas lejos de su patria luchando en guerras extranjeras, regresaban para encontrarse con que sus tierras habían sido arrebatadas por los grandes terratenientes, que amasaban grandes fortunas con el trabajo de los esclavos que ahora eran arrojados al mercado a muy bajo precio como botín de guerra.



La muerte de Julio César, Vincenzo Camuccini (c. 1804)

Aquí encontramos la verdadera razón de las feroces luchas de clases que caracterizan la historia romana en los últimos años de la República, como señala Marx en *El Capital*: “no hace falta ser muy versado en la historia de la república romana para saber que su historia secreta la forma la historia de la propiedad territorial.”⁷

En una carta a Engels del 8 de marzo de 1855, escribió:

“Hace poco volví a recorrer la historia romana (antigua) hasta la época de Augusto. La historia interna se resuelve simplemente en la lucha de la pequeña contra la gran propiedad de la tierra, específicamente modificada, desde luego, por las condiciones esclavistas. Las relaciones de deuda, que desempeñan un papel tan importante desde el comienzo mismo de la historia romana, figuran tan sólo como consecuencia inevitable de la pequeña propiedad territorial.”⁸

Es en este momento cuando las luchas de clases en Roma alcanzan su mayor intensidad. Es un período que está inseparablemente ligado a los nombres de dos hermanos: Tiberio y Cayo Graco. Tiberio Graco exigió que la riqueza de Roma se repartiera entre sus ciudadanos libres. Su objetivo principal era hacer de Italia una república de pequeños agricultores y no de esclavos, pero fue derrotado y asesinado por los nobles y los esclavistas. Fue la victoria de la gran propiedad sobre la pequeña agricultura, la victoria de la esclavitud sobre el trabajo libre de los campesinos.

A la larga, fue un desastre para Roma. El campesinado arruinado -la columna vertebral de la República y su ejército- se trasladó a Roma, donde constituyó una clase no productiva, *los proletarii* (proletariado), que vivía de las limosnas del Estado.

Aunque resentidos con los ricos, compartían sin embargo un interés común

en la explotación de los esclavos -la única clase realmente productiva en el periodo de la República y el Imperio- y de los súbditos imperiales de Roma.

La gran revuelta de los esclavos encabezada por Espartaco fue un episodio glorioso de la historia de la Antigüedad. Aunque, de hecho, sólo fue uno de los muchos levantamientos de esclavos que se produjeron en esa época, destaca como un acontecimiento único en los anales de la historia de las revueltas de los pobres y oprimidos.

El espectáculo de esta gente tan oprimida levantándose con las armas en la mano e infligiendo una derrota tras otra a los ejércitos de la mayor potencia del mundo es uno de los acontecimientos más increíbles de la historia. Si hubieran logrado derrocar al Estado romano, el curso de la historia habría cambiado significativamente.

La lectura de la historia romana y, en particular, de la conmovedora historia de la revuelta de los esclavos liderada por el gran gigante revolucionario Espartaco, puede ser una fuente de gran inspiración para la generación actual. Aunque el único testimonio que tenemos de este gran hombre fue escrito por sus enemigos, sus acciones brillan como un faro cuya luz ha permanecido intacta después de dos milenios.

La razón fundamental por la que Espartaco fracasó al final fue el hecho de que los esclavos fueron incapaces de vincularse con el proletariado de las ciudades. Mientras este último siguiera apoyando al Estado, la victoria de los esclavos era imposible. Pero el proletariado romano, a diferencia del proletariado moderno, no era una clase productiva sino puramente parasitaria, que vivía del trabajo de los esclavos y dependía de sus amos. El fracaso de la revolución romana tiene su origen en este hecho.

CESARISMO

La derrota de los esclavos condujo directamente a la ruina de la República romana. A falta de un campesinado libre, el Estado se vio obligado a recurrir a un ejército mercenario para librar sus guerras. Con el tiempo, el estancamiento de la lucha de clases produjo una situación similar al fenómeno moderno del bonapartismo. El equivalente romano es lo que llamamos cesarismo.

El legionario romano ya no era leal a la República, sino a su comandante, el hombre que le garantizaba su paga, su botín y una parcela de tierra cuando se retirara. El último periodo de la República se caracteriza por una intensificación de la lucha entre las clases, en la que ninguno de los bandos fue capaz de obtener una victoria decisiva. Como resultado, el Estado (que Lenin describió como “cuerpos especiales de hombres armados”⁹), empezó a adquirir una independencia cada vez mayor, a elevarse por encima de la sociedad y a aparecer como árbitro final en las continuas luchas por el poder en Roma.

Toda una serie de aventureros militares entran ahora en escena: Marius, Sulla, Craso, Pompeyo, y finalmente Julio Caesar - un general brillante, un político inteligente y un hombre de negocios astuto, que en efecto puso fin a la República mientras le rendía pleitesía. Aumentado su prestigio por sus triunfos militares en la Galia, empezó a concentrar todo el poder en sus manos. Aunque fue asesinado por una facción conservadora que deseaba preservar la República, el antiguo régimen estaba condenado.

Después de que Bruto y los demás conspiradores fueran derrotados por el Segundo Triunvirato, la República fue reconocida formalmente. Esta pretensión la mantuvo incluso el hijo adoptivo de César, Octavio, después de derrotar a sus rivales y convertirse en el primer emperador, Augusto. El propio título de “emperador”

(*imperator* en latín) es un título militar, inventado para evitar el título de rey, tan ofensivo para los oídos republicanos. Pero era rey, en todo menos en el nombre.

CONTRADICCIONES DE LA ESCLAVITUD

En el momento de su desaparición, el régimen político de la República entraba en total contradicción con el sistema esclavista que se había convertido en el centro de la economía romana. La instauración del Imperio fue, pues, necesaria para preservar la propiedad de los grandes esclavistas, que se vieron obligados a someterse al gobierno arbitrario de un solo hombre, pero con ello compraron el fin de la inestabilidad y las guerras civiles de finales de la República.

Pero como todas las formas de opresión de clase, la esclavitud contiene una contradicción interna que condujo a su destrucción. Aunque el trabajo del esclavo individual no era muy productivo (había que obligar a los esclavos a trabajar), la suma de grandes cantidades de esclavos, como en las minas y plantaciones (*latifundios*) en el último periodo de la República y el Imperio, producía un excedente considerable.

En el apogeo del Imperio, los esclavos eran abundantes y baratos, y las guerras de Roma eran básicamente cacerías de esclavos a gran escala. Los ricos consumían la riqueza de la sociedad en un lujo ocioso, mientras que los ciudadanos más pobres vivían en condiciones de miseria inimaginables, dependiendo de las limosnas del Estado para sobrevivir.

Pero en un determinado momento este sistema alcanzó sus límites y entró entonces en un largo periodo de decadencia. Dado que el trabajo esclavo sólo es productivo cuando se emplea a gran escala, la condición previa para su éxito es un

amplio suministro de esclavos a bajo coste. Pero los esclavos se reproducen muy lentamente en cautividad, por lo que la única forma de garantizar un suministro suficiente de esclavos es mediante guerras continuas, cada vez más lejanas.

Una vez que el Imperio alcanzó los límites de su expansión bajo Adriano, esto se hizo cada vez más difícil. La decadencia de la economía esclavista, la naturaleza monstruosamente opresiva del Imperio con su abultada burocracia y sus depredadores recaudadores de impuestos, ya estaban socavando todo el sistema.

El fracaso de las clases oprimidas de la sociedad romana a la hora de unirse para derrocar al Estado esclavista, brutalmente explotador, condujo a un agotamiento interior y a un largo y doloroso periodo de decadencia social, económica y cultural, que eventualmente preparó el camino para el colapso final del poder romano y el descenso a la barbarie.

El comercio no dejaba de decaer, mientras un gran número de personas se trasladaba de las ciudades al campo con la esperanza de ganarse la vida en alguna de las fincas de los grandes terratenientes. Los bárbaros sólo dieron el golpe de gracia a un sistema podrido y moribundo. Todo el edificio se tambaleaba, y ellos se limitaron a darle un último y violento empujón.

¿CUÁLES SON LAS LECCIONES PARA HOY?

Sería un ejercicio inútil especular sobre cuál habría sido el resultado de una hipotética victoria de la gran rebelión de esclavos encabezada por Espartaco. Pero cualquiera que hubiera sido, no habría podido poner fin a la sociedad de clases. La base material de una auténtica sociedad comunista no existía en aquel momento y seguiría sin existir durante otros dos mil años.

Fue necesario pasar por una serie de etapas de desarrollo social y económico, cada una de ellas marcada por la bárbara opresión y explotación de las masas, antes de que las fuerzas productivas bajo el capitalismo alcanzaran un nivel suficiente para que existiera una sociedad comunista sin clases. Por esta razón, es inútil y totalmente anticientífico abordar el pasado desde el punto de vista del presente o del futuro.

¿Significa esto que no podemos aprender nada del estudio del pasado? Tal conclusión sería radicalmente falsa. Podemos extraer muchas lecciones valiosas de la rica experiencia de las luchas de clases del pasado, y la historia romana nos proporciona un material muy rico a este respecto.

El ascenso del capitalismo moderno y de su sepulturero, la clase obrera, ha dejado mucho más claro lo que está en el corazón de la concepción materialista de la historia. Así como el auge y la caída

de Roma fueron el resultado de las contradicciones inherentes al modo de producción esclavista, el auge y la caída del capitalismo se explican por las contradicciones internas de la llamada economía de libre mercado.

En el periodo de su ascenso, el capitalismo desarrolló las fuerzas productivas hasta un grado que no tiene parangón en la historia. Pero ese periodo hace tiempo que pasó a la historia. El sistema capitalista hace tiempo que agotó cualquier papel progresista que pudiera haber desempeñado en el pasado.

El sistema capitalista, en su agonía, tiene un parecido asombroso con la monstruosa decadencia que caracterizó al Imperio romano en sus últimas etapas de degeneración y decrepitud. Los síntomas de la decadencia senil son evidentes en todas partes.

Nuestra tarea no es simplemente comprender el mundo, sino llevar a buen término la lucha histórica de las masas, mediante la victoria del proletariado y la transformación socialista de la sociedad. Se trata de acelerar por todos los medios el derrocamiento de un sistema podrido y opresor cuya supervivencia amenaza la existencia misma de la civilización humana, tal vez de la propia raza humana.

Es hacer realidad los sueños de innumerables generaciones pasadas de la mayoría oprimida y explotada y coronar con la victoria final la lucha titánica iniciada hace tanto tiempo por el gigante revolucionario Espartaco y su ejército de esclavos jamás olvidado.

No fue casualidad que los líderes de la Revolución alemana, Karl Liebknecht y Rosa Luxemburg, tomaran el nombre de Espartaco como emblema del proletariado revolucionario alemán. Al igual que el héroe cuyo ejemplo siguieron tan valientemente, cayeron víctimas de las fuerzas de una brutal contrarrevolución.

Hoy en día, los nombres de sus asesinos han caído en el olvido, pero los nombres de Espartaco, Liebknecht y Luxemburgo serán recordados para siempre por todos los trabajadores con conciencia de clase y los jóvenes revolucionarios que luchan por un futuro mejor. ■



Roma: ruinas del foro, mirando hacia el Capitolio, Canaletto (1742)

- 1 E Gibbon, *Historia de la decadencia y caída del Imperio Romano*, Vol. 1, EPL, 2014, pág 125
- 2 Aristóteles, *Metafísica*, libro I, capítulo 2
- 3 C Marx, *Contribución a la crítica de la economía política*, SXXI, 2008, pág. 4
- 4 F Engels, *Anti-Dühring*, Sección Tercera, II Cuestiones teóricas, Marxists Internet Archive, 2003
- 5 C Marx, F Engels, *El Manifiesto Comunista*
- 6 C Marx, "Carta a Engels" 27 de febrero de 1861, en C Marx y F Engels, *Correspondencia*, Cartago, 1973, pág. III
- 7 K Marx, *El Capital*, Tomo I, El fetichismo de la mercancía y su secreto, nota 36
- 8 K Marx, "Carta a Engels" 8 de marzo de 1855, en C Marx y F Engels, *Correspondencia*, Cartago, 1973, pág. III
- 9 V I Lenin, *El Estado y la Revolución*

DEMAGOGOS Y DICTADORES, ¿QUÉ ES EL BONAPARTISMO?



Napoleón en su Trono Imperial,
Jean Auguste Dominique Ingres (1806)

La creciente crisis del capitalismo está provocando una gran inestabilidad política en todo el mundo. En este contexto, el aumento del número de gobiernos “autoritarios” y “populistas” ha provocado un gran debate sobre el auge de la política del “hombre fuerte”. Pero, ¿qué significa esto exactamente? En este artículo, **Ben Gliniecki** analiza la naturaleza del Estado capitalista y el concepto de “bonapartismo” desarrollado por Marx para responder a esta pregunta y ofrecer una perspectiva del impacto de la lucha de clases en la política actual.

Un tema común de debate entre los comentaristas burgueses de hoy es el ascenso de los llamados “líderes autoritarios”. En los últimos años, se dice, una “recesión democrática” está produciendo dirigentes cada vez más autoritarios que amenazan los valores de la democracia liberal. Esto es motivo de gran preocupación para el ala “responsable” de la clase dominante.

El año pasado, Gideon Rachman, columnista en jefe de Asuntos Exteriores del *Financial Times* británico, publicó un libro titulado *La era de los líderes autoritarios*:

Como el culto a la personalidad amenaza la democracia en el mundo, en el que daba la voz de alarma sobre la creciente amenaza que se cierne sobre la democracia liberal.

En su libro, Rachman agrupa a una larga lista de líderes en la categoría de “hombre fuerte” o “dirigentes autoritarios”, entre ellos: Vladimir Putin, Recep Tayyip Erdoğan, Xi Jinping, Narendra Modi, Viktor Orban, Boris Johnson, Donald Trump, Mohammed bin Salman Al Saud, Benjamin Netanyahu, Jair Bolsonaro, Andrés Manuel López Obrador y Abiy Ahmed.

El análisis de Rachman se concentra en enumerar las cosas que su catálogo de

autoritarios tiene superficialmente en común: nacionalismo, aversión a las “élites globales”, culto a la personalidad, uso de las redes sociales y tendencia a la corrupción, entre otras. Lo que evita es cualquier explicación de los procesos fundamentales que dan lugar a estos regímenes.

Rachman dice que el régimen de Putin en Rusia, por ejemplo, se basa en la corrupción y el nacionalismo. Pero esto no explica nada. La corrupción y el nacionalismo están presentes, en mayor o menor medida, en todos los regímenes capitalistas de todos los tiempos. Por qué y cómo la corrupción y el nacionalismo produjeron

en Rusia el régimen de Putin en un momento concreto de la historia sigue sin abordarse.

En su lugar, lo que Rachman ofrece son instantáneas superficiales de líderes “hombres fuertes” aislados e individuales, que reducen la política a esencialmente el producto de las características y caprichos de los individuos. Esto no sólo oscurece las importantes diferencias entre regímenes como el de Putin y los llamados gobiernos “populistas” como el de Donald Trump; también nos hace totalmente incapaces de sacar conclusiones para el futuro, si cometemos el error de seguir el ejemplo de Rachman.

Lo que le falta a Rachman es un análisis de la *lucha de clases* en cada sociedad y a escala mundial. Cualquier intento de comprender el Estado y su carácter político sin evaluar el *tempo* y la condición de la lucha de clases en un momento dado resultará superficial.

Karl Marx, por su parte, estudió la historia y el desarrollo de la lucha de clases, su trayectoria y las formas políticas que origina.

“Toda la historia de la sociedad humana, hasta la actualidad”, escriben Marx y Engels en el *Manifiesto Comunista*, “es una historia de luchas de clases”.¹ Los regímenes políticos que definirán la historia del periodo que estamos viviendo ahora no son ni el producto de hábiles asesores de imagen, ni de presidentes que sobornaron a las personas adecuadas. Sólo pueden entenderse como el producto de una etapa concreta de la lucha de clases.

En su propio libro, titulado *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*, Marx analizó el ascenso al poder de otro “hombre fuerte”, Napoleón III, y las conclusiones teóricas que extrajo siguen siendo una herramienta indispensable para comprender la naturaleza del Estado y la perspectiva de los llamados “hombres fuertes” de hoy en día.

LA TEORÍA MARXISTA DEL ESTADO

Antes de poder comprender el carácter político de un régimen concreto, ya sea una democracia liberal o un régimen dictatorial, debemos entender el papel del Estado en la sociedad.

El Estado es un instrumento del dominio de clase. Es propiedad y está dirigido por la clase dominante de cualquier sociedad. Los Estados modernos, por ejemplo, están atados por mil hilos a los intereses capitalistas.

Existe una notoria puerta giratoria entre las empresas y el gobierno que garantiza que los ministros y funcionarios se deslicen fácilmente entre los organismos reguladores gubernamentales y las empresas a las que se supone que deben regular. Los grupos de presión de las grandes empresas utilizan las amenazas y los sobornos para obligar a los

gobiernos a actuar en interés de la burguesía. Los tribunales, las prisiones, la policía y el ejército se utilizan para defender los derechos de propiedad privada de los ricos, mientras que los derechos de los pobres a la vivienda y la alimentación se ignoran o se conquistan mediante la lucha de clases.

Los ministros del gobierno, los altos funcionarios, los jueces, los generales, los jefes de policía y otros funcionarios del Estado suelen proceder de una estrecha capa de la sociedad criada y educada con la perspectiva de la clase capitalista. En Gran Bretaña, el 65% de los altos funcionarios asistieron a escuelas privadas de élite y exclusivas, al igual que el 65% de los jueces superiores, el 70% de los generales y el 65% de los ministros superiores del gobierno.

Esta relación entre el Estado y la clase dominante no es exclusiva del capitalismo. De hecho, el Estado ha sido un instrumento de dominio de clase desde que apareció por primera vez en el escenario de la historia, hace unos 5.000 años. Desde que la sociedad se dividió en clases explotadoras y explotadas, ha existido un Estado para regular el conflicto entre ellas que, de otro modo, habría desgarrado a la sociedad.

Como explica Engels:

“[El estado] es la confesión de que esa sociedad se ha enredado en una irremediable contradicción consigo misma y está dividida por antagonismos irreconciliables, que es impotente para conjurar. Pero a fin de que estos antagonismos, estas clases con intereses económicos en pugna no se devoren a sí mismas y no consuman a la sociedad

en una lucha estéril, se hace necesario un poder situado aparentemente por encima de la sociedad y llamado a amortiguar el choque, a mantenerlo en los límites del «orden».”²

Sin embargo, lejos de ser un árbitro neutral entre las clases contendientes, el Estado es un instrumento en manos de la clase dominante de la sociedad, para preservar su posición dominante y sus relaciones de propiedad. Como explica Engels:

“La fuerza cohesiva de la sociedad civilizada la constituye el Estado, que, en todos los períodos típicos, es exclusivamente el Estado de la clase dominante y, en todos los casos, una máquina esencialmente destinada a reprimir a la clase oprimida y explotada.”³

Por eso las autoridades estatales tienen el monopolio legal del uso de la violencia a través de la policía, el ejército y las prisiones. Y es por eso que Marx y Engels escribieron que: “Hoy, el Poder público viene a ser, pura y simplemente, el Consejo de administración que rige los intereses colectivos de la clase burguesa”⁴

Para preservar con éxito las relaciones de propiedad frente al conflicto de clases, y para justificar su monopolización de la violencia, el Estado tiene que aparentar que está por encima de la sociedad, ajeno a ella hasta cierto punto. Debe utilizar la majestuosidad y el misticismo para ocultar su papel como instrumento de la clase dominante.

Los monarcas feudales de Europa afirmaban gobernar por derecho divino, elegidos y guiados por Dios. Las “democracias” modernas, en cambio, se envuelven en el lenguaje del “voto”, los “derechos humanos” y el “Estado de Derecho”.



Policía durante los disturbios de la Poll Tax, 31 de marzo, 1990

Ataque a la Convención Nacional, grabado de Abraham Girardet, aguafuerte de Pierre Gabriel Berthault (1795)



“ La burguesía había convocado a las masas a la lucha en 1789, pero habiendo derrocado a la monarquía, no pudo entonces afirmar decisivamente su control sobre la situación. La lucha llegó a un punto muerto y la fuerza bruta se convirtió en el factor decisivo. ”

Estos adornos “democráticos” desempeñan un papel útil para los capitalistas. En primer lugar, permiten a la clase capitalista en su conjunto ejercer el control de los mecanismos fundamentales del Estado, a través de sus representantes a sueldo en el parlamento, los medios de comunicación, el poder judicial, la vasta burocracia estatal y las fuerzas armadas.

La brevedad del gobierno de Liz Truss en Gran Bretaña en 2022 lo demostró claramente. La reacción del mercado a las políticas de Truss, junto con las mordaces declaraciones de instituciones capitalistas como el FMI, la obligaron a dejar el cargo en 44 días. Basta preguntarse si Liz Truss podría haber encarcelado a sus críticos de la clase dominante en respuesta para darse cuenta de la verdadera relación entre los capitalistas y sus estadistas.

Pero además de esto, la “democracia” burguesa también da la ilusión de elección al electorado, que puede votar a individuos y partidos políticos para que entren y salgan del poder, sin representar nunca una amenaza para el sistema capitalista. Además, refuerza el mito de que el Estado es neutral y está por encima de las clases enfrentadas de la sociedad.

Por eso, en igualdad de condiciones, el tipo de Estado más eficaz en el capitalismo es la república democrática.

Como explica Lenin:

“La república democrática es la mejor envoltura política de que puede revestirse el capitalismo; y, por tanto, el capital, al dominar ... esta envoltura, que es la mejor de todas, cimienta su poder de un modo tan seguro, tan firme, que

no lo conmueve ningún cambio de personas ni de instituciones, ni de partidos dentro de la república democrática burguesa”.⁵

La monopolización de la violencia y la alienación del Estado en relación a la sociedad son cruciales para su eficacia como arma de la clase dominante. Pero en determinadas condiciones pueden cobrar vida propia. Engels lo explica:

“Sin embargo, por excepción, hay períodos en que las clases en lucha están tan equilibradas, que el poder del Estado, como mediador aparente, adquiere cierta independencia momentánea respecto a una y otra.”⁶

Como el aprendiz de brujo, la clase dominante puede descubrir que ha conjurado fuerzas que ya no es capaz de controlar.

Por ejemplo, en 2000, Vladimir Putin se convirtió en Presidente de Rusia e inmediatamente encarceló y exilió a Vladimir Gusinsky, barón de los medios de comunicación, propietario de un banco y magnate inmobiliario, cuyos medios de comunicación eran críticos con el Presidente.

Putin persiguió entonces a Mijaíl Jodorkovski, barón del petróleo, el hombre más rico de Rusia y adversario político. En 2003, Jodorkovski fue encarcelado y se le confiscaron sus bienes y activos.

En lugar de ser el siervo de la clase dominante rusa, Putin aparece como su amo. Este fenómeno, en el que el aparato del Estado se eleva por encima del resto de la sociedad con un “gran líder” a la cabeza, es lo que Marx denominó “bonapartismo”.

BONAPARTISMO

No es la primera vez que el Estado, supuesto servidor de la clase dominante, se vuelve contra algunos de sus antiguos dueños. El arquetipo de este fenómeno fue el propio Napoleón Bonaparte.

Napoleón llegó al poder tras la Revolución Francesa. Más concretamente, llegó al poder durante su reflujo. A partir de 1789, la alianza de la burguesía, las masas semiproletarias de París y el campesinado francés había puesto fin a la monarquía, otorgado tierras a los campesinos y comenzado a hacer la guerra a la Europa feudal y a despejar el camino para el desarrollo del capitalismo.

El Comité de Salvación Pública de la revolución desató el terror jacobino contra las fuerzas contrarrevolucionarias que intentaban restaurar la monarquía. Entusiasmadas por su éxito, las masas parisinas fueron más allá. Tomaron al pie de la letra el lema de “Libertad, Igualdad, Fraternidad” y empezaron a tomar medidas contra la propiedad privada.

Fue el punto culminante de la revolución, pero la burguesía y el campesinado retrocedieron. Más numerosos que la “muchedumbre” de París, empezaron a hacer oscilar el péndulo en sentido contrario. En primer lugar, Robespierre y el Comité de Salvación Pública fueron derrocados y sustituidos por el Directorio, que dirigió un nuevo terror “blanco” contra los elementos más revolucionarios, exigiendo que se restableciera el “orden”, es decir, el orden *burgués* recién establecido.

El pueblo de París intentó frenar el reflujo con manifestaciones y disturbios. En

1795 fueron sofocados con sangre, y en nombre del orden burgués, por un joven oficial del ejército llamado Napoleón Bonaparte.

La burguesía había convocado a las masas a la lucha en 1789, pero habiendo derrocado a la monarquía, no pudo entonces afirmar decisivamente su control sobre la situación. La lucha llegó a un punto muerto y la fuerza bruta se convirtió en el factor decisivo.

Atrapada entre conspiraciones y levantamientos monárquicos, como los Chuanes en el Oeste, y la amenaza de un resurgimiento jacobino en París, la burguesía anhelaba un “gobierno estable” y el fin de la “anarquía” de una vez por todas.

Napoleón, recién llegado de sus éxitos militares y contando con la lealtad del ejército, que procedía principalmente del campesinado, era el salvador que muchos habían estado buscando. El abate de Sieyès, miembro destacado del Directorio, Joseph Fouché, ministro de Policía, y Charles-Maurice de Talleyrand, ministro de Asuntos Exteriores, invitaron a Napoleón a utilizar el ejército para derrocar a su propio gobierno el 18 de brumario del año VIII de la República (9 de noviembre de 1799).

Una vez en el poder, Bonaparte estableció un equilibrio entre las clases enfrentadas. A la burguesía, le prometió orden y el fin de las revueltas y los disturbios revolucionarios. A los soldados y a las masas, les prometió salvar la revolución de las conspiraciones monárquicas. Al mismo tiempo, se elevó a sí mismo y a su aparato de fuerza por encima de todas las clases de la sociedad.

A pesar de su demagogia, a menudo contradictoria y eufemística, ya que intentaba parecer todo a todos, Napoleón defendió el sistema de propiedad privada instaurado por la revolución burguesa.

No tenía alternativa, porque su base de apoyo era el campesinado, que constituía las filas del ejército. No les interesaban las reivindicaciones de los semiproletarios de París y querían conservar la propiedad privada de la tierra que les había concedido la revolución contra la monarquía.

A medida que la economía crecía, Napoleón pudo mantener tranquilas a las masas mientras consolidaba su poder. Defendió la revolución de boquilla, mientras liquidaba el régimen político que ésta había creado. Sólo mantuvo la nueva *base económica* del capitalismo, que había sustituido al feudalismo.

Tras asegurar su posición, recurrió a la fuerza bruta. Construyó una red de espías, reabrió las cárceles monárquicas, censuró la prensa, restauró la iglesia y se embarcó en aventuras militares y saqueos en el extranjero. Gobernó con la espada y en 1804 se coronó emperador. Todo esto se presentó como un *hecho consumado* y luego



Allegoría sobre el 18 Brumario, o Francia salvada, Antoine-François Callet (1801)

se votó mediante un “plebiscito” (referéndum), sin libertad de debate y sin que se presentaran alternativas.

Ninguna de estas medidas suponía un cambio fundamental del carácter burgués del régimen posrevolucionario. No hizo retroceder las principales conquistas de la revolución, como la abolición de la propiedad feudal y la redistribución de la tierra. Lo que Napoleón cambió fue el *carácter político* del régimen. Se convirtió en una dictadura en lugar de una democracia, con un vasto aparato estatal pagado tanto por la burguesía como por las masas.

Este es el arquetipo del bonapartismo, que Trotsky definió como “el gobierno burocrático-policia que se eleva por encima de la sociedad y que se mantiene sobre el equilibrio relativo entre los dos campos opuestos.”⁷ haciéndose pasar por “el árbitro imparcial” de la nación.

El hombre fuerte gobierna entonces por la fuerza desnuda, subordinando a todos a su poder ejecutivo, sin cambiar el carácter de clase fundamental del régimen. A menudo, la violencia se despliega contra miembros individuales de la clase dominante o determinadas partes de ella, así como contra las masas, ya que el régimen establece un equilibrio entre las clases.

El sobrino de Napoleón, Luis Bonaparte, siguió el ejemplo de su tío casi al pie de la letra, cuando derrocó la Segunda República Francesa mediante un golpe militar en 1851 y se proclamó emperador al año siguiente.

En *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*, Marx explicó cómo, en su lucha por sofocar a las masas tras la Revolución de 1848, la burguesía se vio obligada a dismantelar todos los órganos democráticos

del Estado para evitar su captura por los “rojos” del Partido Socialdemócrata. Al mismo tiempo, la burguesía confirió cada vez más poder al brazo ejecutivo del Estado, encabezado por el presidente, Bonaparte, que finalmente fue “elevado sobre el pavés por una soldadesca embriagada, a la que compró con aguardiente y salchichón”,⁸ como dijo Marx.

Aquellos soldados borrachos mataron a cientos de trabajadores que protestaban contra el golpe de Luis Bonaparte y detuvieron a decenas de miles, al tiempo que se instauraba una fuerte censura de prensa.

La violencia y la represión no sólo iban dirigidas contra los obreros, como explicó Marx:

“Burgueses fanáticos del orden son troteados en sus balcones por la soldadesca embriagada, la santidad del hogar es profanada y sus casas son bombardeadas como pasatiempo, y en nombre de la propiedad, de la familia, de la religión y del orden”.⁹

La violencia contra miembros individuales de la burguesía y el saqueo llevado a cabo por los hombres de Bonaparte nunca amenazaron la naturaleza burguesa fundamental de la sociedad. Siempre se mantuvieron las relaciones de propiedad privada. Los miembros individuales de la clase burguesa no estaban necesariamente exentos de los efectos del dominio de la espada, pero la burguesía en su conjunto estaba dispuesta a tolerar las deprecaciones de Luis Bonaparte si aseguraba el “Orden” y el fin del periodo de agitación revolucionaria que siguió a 1848.

LA RUSIA DE PUTIN

Ni el régimen de Napoleón ni el de su sobrino sirven de modelo exacto. Cuando los marxistas describimos a regímenes como “bonapartistas”, estamos hablando de una *analogía* con el régimen de Napoleón.

Existen ciertos paralelismos, por ejemplo, entre Napoleón Bonaparte y Vladimir Putin, aunque están lejos de ser una copia exacta.

La restauración del capitalismo en Rusia a principios de la década de 1990 fue un gran golpe contra las masas rusas. Provocó una orgía de gansterismo por parte de la emergente burguesía rusa. Se vendieron activos estatales y la corrupción penetró en todos los estratos de la sociedad.

Bajo la presidencia de Boris Yeltsin, la degeneración de la clase capitalista y la miseria de los trabajadores eran tales que existía un riesgo real de que el descontento de las masas saliera a la superficie, como ocurrió en varias ocasiones. En respuesta, el régimen “democrático” de Yeltsin tomó medidas cada vez más represivas, llegando incluso a bombardear el Congreso ruso con los diputados aún dentro en 1993.

Normalmente, los comentaristas liberales considerarían estos métodos más bien “autoritarios”, pero curiosamente, en aquel momento Yeltsin fue elogiado como un valiente líder y defensor de la democracia en toda la prensa burguesa. La razón es sencilla: lejos de representar el dominio de la espada sobre todas las clases, la represión llevada a cabo por Yeltsin fue simplemente una espada en manos de la oligarquía capitalista,

aunque en circunstancias particularmente inestables.

A medida que la crisis se prolongaba, no sólo Yeltsin, sino todo el establishment gobernante se volvió totalmente odioso a los ojos de las masas. Oleadas de huelgas y ocupaciones de fábricas barrieron el país entre 1996 y 1998, expresando una oposición militante a la restauración del capitalismo. Pero el inmenso potencial de este movimiento fue desaprovechado por los llamados dirigentes comunistas.

El fracaso de los trabajadores en su intento de derrocar el régimen no puso fin a la crisis y la inestabilidad que sacudían a la sociedad rusa. En condiciones tan desesperadas, la ley y el orden empezaron a quebrarse, y los secuestros y asesinatos de ricos empresarios se convirtieron en algo habitual. Esto aterrorizó a la nueva clase de “oligarcas” capitalistas, que se habían hecho multimillonarios saqueando la propiedad estatal.

Se necesitaba un “hombre neutral”, alguien que protegiera la propiedad de los oligarcas sin estar tan estrechamente vinculado al imperialismo estadounidense y a la corrupción rampante en el Estado. Putin, antiguo agente del KGB y burócrata consumado, era ese hombre. Al principio no se impuso a la nación; fue elegido por un ala de la oligarquía y presentado al pueblo como una ruptura con el pasado.

Putin llegó al poder a finales de la década de 1990, con la promesa a los oligarcas de que protegería su riqueza, siempre y cuando le apoyaran. Al mismo tiempo, asestó golpes públicos contra ciertos capitalistas rusos alegando corrupción, todo



Tanques disparando en la Casa Blanca en Moscú



Imagen: Presidential Press and Information Office

Vladimir Putin presta juramento presidencial el 7 de mayo de 2000, con Yeltsin detrás

ello mientras se hacía pasar por “amigo del pueblo”.

Se equilibró entre las clases contendientes, haciendo promesas y llamamientos demagógicos a ambas, todo ello mientras reforzaba su Estado y el aparato de seguridad para elevarlo por encima de la sociedad y dictar órdenes a todas las clases por igual.

La lucha de clases había alcanzado un cierto equilibrio, provocado por el agotamiento mutuo de las clases contendientes. La burguesía era débil e incapaz de gobernar directamente, mientras que las masas eran incapaces de tomar el poder. No se había llegado a esta situación de la misma manera ni por las mismas razones que en la Francia de Napoleón, pero el resultado final del estancamiento entre las clases era el mismo.

Esta situación no puede durar eternamente. Al final habrá que encontrar una salida a la crisis, y cuando no se pueda encontrar a través del gobierno político de una u otra clase, la encontrarán los “cuerpos especiales de hombres armados” que forman el Estado, con un ‘hombre fuerte’ a la cabeza.

Poco después de su elección en 2000, se publicó un documento filtrado en el periódico *Kommersant* de Rusia. Se trataba de un proyecto para reforzar el aparato estatal ruso, con el fin de facilitar el gobierno de Putin.

El documento, denominado *Revisión número Seis*, establecía planes para ampliar el papel del Servicio Federal de Seguridad

(FSB), recortar la independencia de los medios de comunicación y manipular los resultados electorales utilizando la vigilancia estatal y agentes encubiertos.

Esta ha sido la tónica de la Rusia de Putin en las dos últimas décadas. Sus oponentes políticos han sido detenidos e incluso asesinados. Ha amañado elecciones y ha pisoteado la Constitución rusa.

El aparato del Estado se ha reforzado enormemente bajo Putin a medida que éste consolida su control del poder. El Estado protege a la clase capitalista rusa, pero al mismo tiempo no está bajo su control. Esto es lo que hace que el régimen de Putin sea bonapartista.

TRUMP, JOHNSON Y BOLSONARO

Pero si tomamos algunos de los otros regímenes enumerados por Rachman y nos preguntamos si se puede hacer la misma analogía con el régimen de Napoleón, nos encontramos con que no.

Donald Trump, Boris Johnson y Jair Bolsonaro no llegaron al poder gracias a un estancamiento en la lucha de clases. Los EE.UU., Gran Bretaña y Brasil ciertamente no habían experimentado terremotos en la lucha de clases como la Revolución Francesa de 1789, o la restauración del capitalismo en Rusia a principios de 1990.

De hecho, en el momento de sus elecciones, en los tres países, la clase obrera apenas se estaba poniendo en pie, flexionando sus músculos y preparándose para la lucha.

En EEUU, por ejemplo, el movimiento Black Lives Matter (BLM), que estalló tras el asesinato de George Floyd a manos de un policía de Minneapolis, fue uno de los mayores movimientos de masas de la historia de EEUU, y ocurrió durante la presidencia de Trump.

Del 26 de mayo al 22 de agosto de 2020, hubo más de 7.750 manifestaciones vinculadas a BLM en más de 2.240 lugares de todo el país. La fuerza del movimiento hizo que el Ayuntamiento de Minneapolis votara a favor de disolver por completo su propio departamento de policía.

Del mismo modo, en Brasil, millones de trabajadores fueron a la huelga el 14 de junio de 2019 contra los ataques del gobierno de Bolsonaro a las pensiones y la educación. Hubo manifestaciones en 380 ciudades de todo el país. Los intentos de Bolsonaro de convocar contramanifestaciones no reunieron a más de 20.000 personas en las principales ciudades.

Lejos de haber llegado a un punto muerto, la lucha de clases en estos países estaba sólo comenzando a calentarse. Por lo tanto, pintar a Trump, Johnson o Bolsonaro con la misma brocha que a Putin significa cometer un gran error de diagnóstico de la etapa por la que está pasando la lucha de clases en cada uno de estos países.

Es cierto que, como individuos, Trump, Johnson y Bolsonaro estaban en cierto modo fuera del control de sus respectivas clases dominantes. Los tres hicieron llamamientos demagógicos a las masas, siendo al mismo tiempo miembros de la clase dominante. Había algunos elementos de equilibrio entre las clases en su retórica “anti-establishment”.

Pero las motivaciones individuales de los líderes son solo una pequeña parte de la ecuación. Incluso el deseo por parte de Trump, Johnson o Bolsonaro de ser realmente un líder bonapartista no es suficiente para que lo sea. Depende del equilibrio de fuerzas de clase en la sociedad, y de la etapa por la que esté pasando la lucha de clases.

En los tres casos, el aparato del Estado, y en particular los cuerpos armados de hombres que constituyen el núcleo del Estado, permanecieron firmemente bajo el control de la clase dominante, no de los poco fiables inconformistas de la Casa Blanca, Downing Street o el Palácio da Alvorada.

En 2019, Boris Johnson suspendió el Parlamento británico. Se saltó el procedimiento constitucional democrático para forzar la aprobación de la legislación del Brexit, una decisión que fue anulada por el Tribunal Supremo.

Del mismo modo, Bolsonaro llenó su gobierno de figuras militares, incluidos generales en activo y otros mandos militares. Amenazó con que los militares

realizarían su propio recuento en las elecciones presidenciales de 2022, debido a una supuesta parcialidad entre el poder judicial y los tribunales electorales.

Mientras tanto, Trump acosaba a los periodistas que no le gustaban, incluso revocándoles sus pases de prensa, y pedía que se anulara la Constitución estadounidense. Al igual que Bolsonaro, también se le acusa de intentar manipular los resultados electorales.

Está claro que estas figuras no son demócratas burgueses clásicos. Bolsonaro ve la dictadura militar de Brasil con nostalgia, y Trump admira abiertamente el régimen bonapartista de Putin. Sin embargo, un hombre no hace un régimen.

A pesar de su desprecio por las normas democráticas burguesas, Johnson, Trump y Bolsonaro gobernaron dentro de sus límites. Ninguno de sus regímenes puede calificarse de gobierno por la espada.

Cuando Luis Bonaparte se enfrentó a la perspectiva de perder la presidencia de la Segunda República Francesa por medios constitucionales, lanzó un golpe militar, tras haberse asegurado la lealtad tanto del jefe del Estado Mayor como de la mayoría de la tropa. Bolsonaro y Trump, por otro lado, cuando se enfrentaron a un problema similar, incitaron a una turba

armada de partidarios, que luego trataron de asaltar edificios gubernamentales. Pero en ambos casos fueron rápida y decisivamente aplastados por las fuerzas armadas del Estado, que permanecieron firmemente bajo el control de la clase dominante.

La debilidad de estos “intentos de golpe” demostró lo poco que Trump y Bolsonaro podían confiar en las fuerzas de la violencia organizada para su apoyo, por mucho que lo desearan. En el caso de la aventura particular de Trump, es dudoso que esperara que su turba de partidarios llegara siquiera al Capitolio. Tampoco lo esperaban los propios “insurgentes”, a juzgar por la forma en que deambulaban sin rumbo por los pasillos, saqueando máquinas expendedoras y haciéndose selfies.

Calificar a un régimen de bonapartista es considerarlo una dictadura, dentro de diversos grados de severidad. Esto claramente no se aplica a los regímenes de Trump, Bolsonaro o Johnson. No había posibilidad alguna de que pudieran establecer un régimen así cuando estaban en el poder. La razón de esto es precisamente lo que Rachman no nota, o ignora deliberadamente: el equilibrio de fuerzas de clase en esos países.

PERSPECTIVAS DEL BONAPARTISMO HOY

Gideon Rachman afirma que nos encontramos en la “Era de los líderes autoritarios” y pinta un panorama catastrofista de un país tras otro que caen víctimas de líderes bonapartistas que amanézcan con acabar para siempre con la democracia liberal.

Esta es una idea que repiten como loros muchos de los comentaristas de la llamada izquierda. Pero es muy inexacto y perezoso declarar simplemente que todo gobierno que no nos gusta es “autoritario”, o incluso “fascista”. Además, esta pereza conduce a un pesimismo ansioso, típico de quienes no comprenden el papel y el poder de la clase obrera. Semejante pesimismo y dejadez no contribuyen en nada a nuestra comprensión de los diferentes regímenes en cuestión. Y sin comprenderlos, no tenemos ninguna posibilidad de derrocarlos.

De hecho, el carácter de la época actual a escala mundial es de revolución y contrarrevolución, marcada por una tormentosa lucha de clases.

La lucha de clases se está intensificando debido a la crisis sin precedentes en la que se encuentra el sistema capitalista. La Directora Gerente del FMI, Kristalina Georgieva, declaró en octubre de 2022 que el anterior periodo de relativa estabilidad, bajos tipos de interés y baja inflación está dando paso a otro en el que “cualquier país puede descarrilar con mayor facilidad y frecuencia”.

Añadió, significativamente:

“Estamos experimentando un cambio fundamental en la economía mundial, de un mundo de relativa previsibilidad... a un mundo con más fragilidad: mayor incertidumbre, mayor volatilidad económica, enfrentamientos geopolíticos y catástrofes naturales más frecuentes y devastadoras.”¹⁰

La profundidad de esta crisis está provocando una inmensa inestabilidad en todos los niveles de la sociedad. Los regímenes democráticos liberales están entrando en crisis debido a la polarización que se está produciendo entre las masas y a las escisiones que están surgiendo dentro de la propia clase dirigente. Son estos fenómenos, y no simplemente el “autoritarismo”, los que explican la aparición de gobiernos poco fiables e inestables, como los de Johnson y Trump. Lo que muestran no es el inevitable descenso de la sociedad a un régimen bonapartista, sino el debilitamiento de la clase dominante y de su régimen.

Al mismo tiempo, la crisis está provocando un agudo recrudecimiento de la lucha de clases en un país tras otro. Y en muchos países de todo el mundo la clase obrera está invicta y dispuesta a luchar.

Incluso en países con regímenes bonapartistas arraigados, como Irán por ejemplo, no se trata de dictadores recién impuestos que presiden sobre una clase



Imagen: Tyler Merbler

Partidarios de Trump asaltan el edificio del Capitolio de los Estados Unidos el 6 de enero de 2021



Imagen: Rosa Pineda

Protesta por George Floyd en Washington DC, 30 de mayo de 2020

obrero postrada y derrotada. Más bien, en el caso de Irán, el régimen surgió de la derrota de la revolución de 1979, de la que la clase obrera se ha recuperado claramente.

El movimiento de masas desencadenado a finales de 2022 por el asesinato de una joven, Mahsa Amini, a manos de la policía de la moralidad, sacudió al régimen iraní hasta sus cimientos. Y no es más que el último temblor de una andanada de terremotos que estallan cada vez con más fuerza desde 2018 bajo los pies de los bonapartistas reaccionarios que gobiernan el país.

En Rusia, la popularidad de Putin se vio tan sacudida por la crisis económica que se prolonga desde 2015, que el régimen acabó por dejar de publicar encuestas de aprobación. En estas circunstancias, Putin intensificó las medidas represivas y ha utilizado la guerra de Ucrania para aglutinar a la población en torno a él. Estos no son síntomas de un régimen estable, que gobierna sobre una clase trabajadora exhausta. Por el contrario, son indicios de que la base del régimen está siendo socavada por una creciente inestabilidad, lo que anticipa una lucha de clases aún mayor en un futuro no muy lejano.

La concentración de poder de Xi Jinping en China también expresa precisamente la misma inestabilidad en los cimientos del régimen del PCCh, que ya no confía en poder gobernar con los mismos métodos del pasado.

En todos los países, el principal obstáculo en el camino de la revolución no es el impresionante poder de los “hombres fuertes”, sino la débil y cobarde dirección de la clase obrera.

En todas partes, la clase dominante intenta aumentar sus medios de represión ante la cólera de las masas. Lo que esto demuestra es que todos los Estados capitalistas, ya sean dictaduras o democracias, deben defender el sistema capitalista, y hoy en día, todos los regímenes

del planeta son menos seguros que en el pasado. Pero al menos en los países capitalistas avanzados, la clase dominante se muestra extremadamente cautelosa ante cualquier movimiento en la dirección del gobierno por la espada, que provocaría una reacción violenta entre las masas de trabajadores. En todo caso, haría más probable una revolución, no menos, y los representantes más sobrios de la clase capitalista lo saben.

Sin embargo, esta perspectiva no debe hacernos caer en la autocomplacencia. En condiciones de crisis capitalista extrema, por un lado, y de falta de una dirección revolucionaria de la clase obrera, por otro, pueden surgir todo tipo de fenómenos. Si la clase dominante no puede estabilizar su dominio debido a la crisis y se impide a los trabajadores tomar el poder y resolver la crisis por medios socialistas, es posible que el ejecutivo comience a elevarse por encima de la sociedad de forma bonapartista.

León Trotsky analizó los regímenes de entreguerras de Francia y Alemania y los caracterizó de esta manera. Explicó que el gobierno de Doumergue en Francia, que llegó al poder a la cabeza de un “Gobierno de Unión Nacional” en 1934 y empezó a gobernar fuera del control del parlamento, era bonapartista. En sus propias palabras:

“Debido al relativo equilibrio entre el campo de la contrarrevolución que ataca y el de la revolución que se defiende, debido a su temporaria neutralización mutua, el eje del poder se elevó por encima de las clases y de su representación parlamentaria”.¹¹

Pero mientras que el régimen de Napoleón se basaba en el agotamiento mutuo de las clases, el “equilibrio relativo” que sustentaba el gobierno de Doumergue se basaba en la anticipación de la revolución en un momento de profunda crisis capitalista. De hecho, la furiosa tormenta de la crisis económica, social y política a la que

se enfrentaba aquel régimen lo inundó y hundió en nueve meses, en medio del tumulto de huelgas generales y amenazas de guerra civil.

El surgimiento de regímenes estables, ya sean democráticos liberales o bonapartistas, no está en el orden del día. Más bien son la inestabilidad y la crisis las que aumentan en todas partes.

Martin Wolf, comentarista económico en jefe del Financial Times británico, ha señalado un “aumento del número de lo que Polity IV denomina ‘anocracias’: países con gobiernos incoherentes, inestables e ineficaces. El número de anocracias ha pasado de 21 en 1984 y 39 en 1989 a 49 en 2016”.

Los regímenes bonapartistas se levantan haciendo equilibrios entre las principales clases contendientes cuando se ha alcanzado un equilibrio en la lucha de clases. Pero es probable que cualquier equilibrio en el próximo período sea extremadamente inestable. En la medida en que la tormenta y la tensión de la lucha de clases hagan surgir regímenes que muestren algún rasgo bonapartista, éstos serán probablemente precarios y de corta duración. Como dijo Trotsky: “el bonapartismo no puede lograr la estabilidad en tanto que el campo de la revolución y el campo de la contrarrevolución no hayan medido sus fuerzas en la batalla”.¹²

También hay que destacar que en la década de 1930, incluso países capitalistas poderosos como Francia y Alemania tenían un campesinado grande. Hoy en día, en gran parte del mundo, la correlación de fuerzas de clase se inclina mucho más firmemente a favor de la clase obrera.

Numéricamente, nunca ha habido más trabajadores en el planeta que hoy, como consecuencia de la proletarianización del campesinado y la pequeña burguesía en muchos países. Según el Banco Mundial, por ejemplo, el 56% de la población mundial -4.400 millones de personas- vive

“

Abogamos por una lucha independiente de la clase obrera contra estos regímenes, que se base en los métodos revolucionarios y en la fuerza de las masas, dirigidas por el proletariado.

”

actualmente en ciudades, y la inmensa mayoría de ellos son trabajadores. La base social de la reacción y del bonapartismo, sobre la que se apoyaba, por ejemplo, el régimen de Napoleón, se ha ido reduciendo.

En los países capitalistas avanzados, el campesinado ha sido completamente erradicado. Esto hará aún más difícil establecer incluso un régimen bonapartista relativamente inestable, lo que significa que nos enfrentamos a un prolongado período de revolución y contrarrevolución, en el que la clase obrera tendrá varias oportunidades de tomar el poder.

CÓMO LUCHAR CONTRA EL BONAPARTISMO

Sin embargo, querer luchar contra cualquier rastro de tendencias autoritarias es un instinto saludable de muchos trabajadores y jóvenes. La pregunta a la que debemos responder es cómo pueden defenderse y conquistarse los derechos democráticos por parte de la clase trabajadora.

Hay algunos de los llamados “izquierdistas” que buscan protección en una alianza con los liberales burgueses. A los liberales, como Gideon Rachman por ejemplo, no les gusta el gobierno de la espada, o eso dicen. Prefieren las instituciones democráticas liberales, como la mejor forma de defender la propiedad privada y los intereses de la burguesía. Por lo tanto, concluyen algunas organizaciones y comentaristas de la izquierda, debemos formar un “frente unido” lo más amplio posible contra las tendencias “autoritarias” o incluso “fascistas” de personas como Trump, Bolsonaro, Johnson, etc.

Pero es precisamente el dominio directo de la burguesía liberal lo que ha dado lugar a estos gobiernos populistas. Son los liberales los que han llevado a cabo la austeridad y han aprobado leyes antisindicales. Además, la historia nos muestra una y otra vez que, a la hora de la verdad, ante la perspectiva del derrocamiento revolucionario del capitalismo, los liberales burgueses se arriesgarán con un aspirante a dictador que prometa mantener el capitalismo, en lugar de entregar el poder a los trabajadores. Fue sobre esta base que la revista amante de la libertad *Economist* apoyó el establecimiento de la viciosa dictadura de Pinochet en Chile, por ejemplo.

Marx lo explica brillantemente en *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*. Muestra cómo los liberales burgueses, ante la creciente

oleada de lucha de la clase obrera, entregaron gradualmente más y más poder a Luis Bonaparte en nombre del “restablecimiento del orden” en la sociedad.

Escribe, para resumir la conclusión de este proceso:

“Así aplaude la burguesía industrial con su reclamación más servil el golpe de Estado del 2 de diciembre, la aniquilación del parlamento, el ocaso de su propia dominación, la dictadura de Bonaparte.”¹³

Lo que esto nos enseña es que no se puede combatir contra el bonapartismo con la democracia liberal.

El planteamiento marxista, cuando la lucha de clases se encuentra en un estado convulso de frágil equilibrio, es presionar para que se resuelva ese equilibrio a favor de la clase obrera. Al romper el estado de equilibrio, impedimos que un bonapartista pueda equilibrarse entre las clases y elevarse por encima de la lucha de clases utilizando el poder de la espada.

Esto fue lo que ocurrió en Rusia entre febrero y octubre de 1917. El régimen de Kerensky, que tomó el poder tras la Revolución de Febrero que derrocó al zar, intentaba convertirse en un régimen bonapartista.

Los trabajadores estaban en marcha, pero en febrero tenían líderes débiles en los Soviets que no estaban dispuestos a la toma del poder por la clase obrera. Por otro lado, la burguesía era demasiado débil para mantenerse en el poder.

Kerensky prometió el mundo a ambos bandos de la lucha de clases, maniobrando entre ellos y tratando de apoyarse en el ejército. En lugar de unirse a las maniobras, o buscar la dirección de los liberales como hicieron los mencheviques, Lenin, Trotsky y los bolcheviques establecieron una posición obrera independiente, resumida en la consigna: “Todo el poder a los soviets”.

Lenin explicó en su momento: “El gabinete de Kerensky es sin duda un gabinete que está dando los primeros pasos hacia el bonapartismo”. Añadió que “sería estúpido filisteísmo abrigar ilusiones constitucionales”, argumentando en cambio que era necesario “empezar una verdadera y resuelta lucha por derrocar el bonapartismo, una lucha conducida en una gran escala política y basada en los intereses de clase de largo alcance”.¹⁴

Fue esta inequívoca línea proletaria independiente la que inclinó el inestable equilibrio a favor de los trabajadores e impidió que Kerensky, o cualquier otro aspirante a dictador, estableciera un régimen bonapartista.

El bonapartismo sólo puede combatirse con la lucha independiente de la clase obrera por el poder, no con la colaboración de clases. Los terribles acontecimientos que están teniendo lugar en Sudán mientras se escribe este artículo ofrecen una importante advertencia a este respecto¹⁵.

Esta es una lección para los trabajadores de todo el mundo. En Rusia o China, por ejemplo, los marxistas no tenemos nada en común con la burguesía liberal, que se lamenta de la falta de democracia burguesa. Tampoco defendemos una política de colaboración de clases, que nos haría alinearnos con los liberales burgueses.

Abogamos por una lucha independiente de la clase obrera contra estos regímenes, que se base en los métodos revolucionarios y en la fuerza de las masas, dirigidas por el proletariado. Bajo un régimen bonapartista, esta lucha puede recurrir a reivindicaciones y consignas democráticas, pero insistimos en que sólo la *clase obrera* puede garantizarlas.

Esta política proletaria independiente es el eje sobre el que se construye un partido revolucionario. Es la más alta responsabilidad de los marxistas desarrollar tal política y construir un vehículo, en la forma de un partido revolucionario, para llevarla al movimiento obrero. Sólo así triunfará nuestra lucha contra el bonapartismo, el capitalismo y la sociedad de clases. ■

1 C Marx, F Engels, *El Manifiesto Comunista*, MIA, 1999

2 F Engels, *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*, MIA, 2012, pág. 93

3 Ibid. pág. 97

4 C Marx, F Engels, *El Manifiesto Comunista*, MIA, 1999

5 V I Lenin, *El Estado y la Revolución*, El Perro y la Rana, 2017, pg 35

6 F Engels, *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*, MIA, 2012, págs 94-95

7 L Trotsky, “Ante la decisión”, en *La lucha contra el fascismo*, Fontamara, 1980, págs. 257-266

8 C Marx, *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*, Cap. VII, MIA, 2000

9 Ibid. Cap. I

10 K Georgieva, “Navigating A More Fragile World”, *imf.org*, 6 de octubre de 2022

11 L Trotsky, “Bonapartismo y fascismo” en *Escritos*, Tomo VI, Volumen 1, Editorial Pluma, 1976

12 L Trotsky, “Ante la decisión”, en *La lucha contra el fascismo*, Fontamara, 1980, págs. 257-266

13 K Marx, *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*, Cap. VI, MIA, 2000

14 V I Lenin, “El comienzo del bonapartismo” Rabochy i Soldat N° 6 del 29 de julio (11 de agosto) de 1917.

15 Sudán: estalla un sangriento enfrentamiento en el seno de la contrarrevolución, <https://www.marxist.com/sudan-estalla-un-sangriento-enfrentamiento-en-el-seno-de-la-contrarrevolucion.htm>

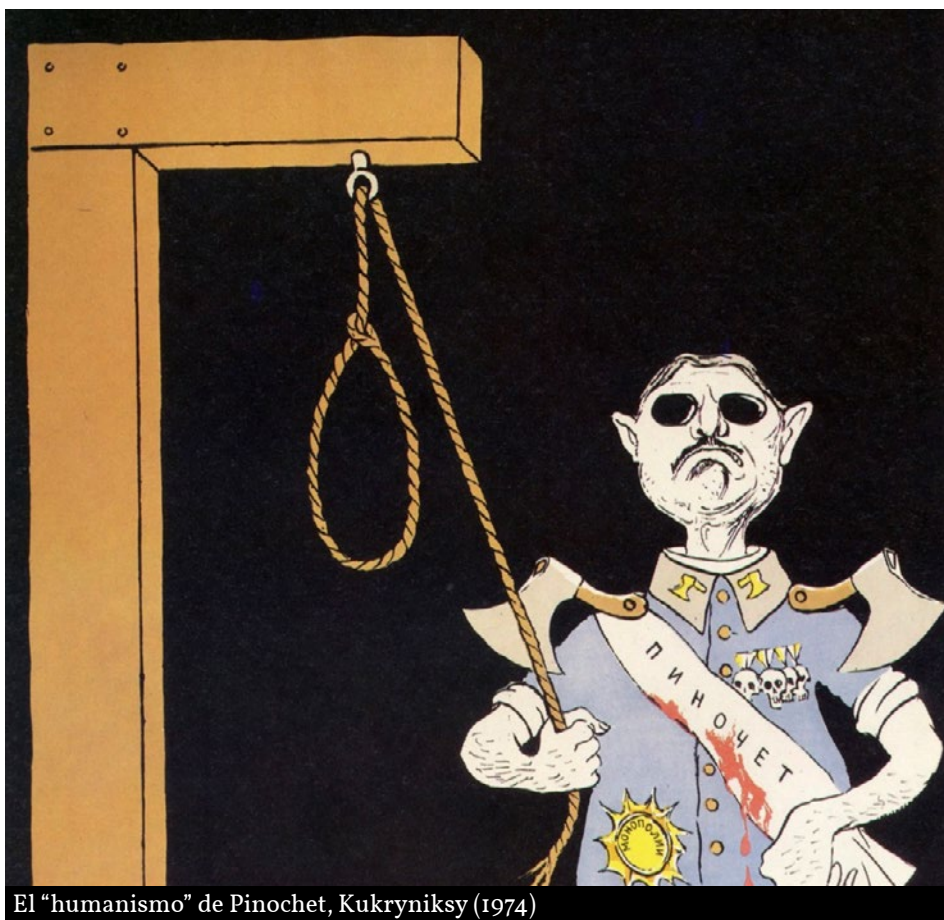
CHILE: A 50 AÑOS DEL GOLPE DE ESTADO

Se cumplen 50 años del golpe de estado contra el presidente Allende en Chile. En este artículo, **Carlos Cerpa Mallat**, describe los acontecimientos que precedieron al golpe, como se transitó de la dictadura al régimen actual y extrae las principales conclusiones políticas de aquella tragedia y que son necesarias para armar a las nuevas generaciones.

Hace 50 años, el 11 de septiembre de 1973, se produjo el Golpe de Estado contra el gobierno del socialista Salvador Allende. Era la primera vez que un candidato identificado como marxista llegaba al poder por la vía electoral, y esto generó grandes ilusiones en la socialdemocracia de todo el mundo. Pero la contrarrevolución fue implacable. Para el presidente estadounidense Nixon se trataba literalmente de “hacer chillar la economía chilena”. El imperialismo intervino a través de la CIA, dedicando más de 13 millones de dólares a los partidos de derecha, medios de comunicaciones y gremios opositores, que durante 3 años daban lugar a fuertes acciones de sabotaje económico, campañas comunicacionales y terrorismo.

Por otra parte, la clase trabajadora puso en jaque en varias ocasiones a la reacción, en un despliegue formidable de movilización y organización consciente en defensa de sus intereses de clase contra la derecha y el imperialismo. Organizados en los Cordones Industriales, las Juntas de Abastecimiento y Precio, y otro tipo de articulaciones, los trabajadores chilenos nos legaron una experiencia valiosa de autoorganización territorial y de clase, que mostró de manera embrionaria cómo es capaz de dirigir la producción y la sociedad sobre una nueva base. Pero su impulso hacia la toma del poder fue coartado en cada ocasión importante por los dirigentes comunistas y el propio presidente socialista, llamándoles a confiar en las Fuerzas Armadas que serán sus verdugos.

La dictadura del General Augusto Pinochet dejó miles de muertos y detenidos desaparecidos. Además de torturas irreproducibles. En un pequeño país de 10 millones de habitantes, cifras oficiales señalan que al menos 40,000 personas sufrieron violaciones a los Derechos Humanos, en su gran mayoría jóvenes, trabajadores y campesinos. La flor de la juventud y la clase obrera fue aniquilada. La experiencia del gobierno de Allende, demuestra que no es posible la vía institucional al socialismo. Es el fracaso del reformismo, que no comprende el carácter de clase del Estado.



El “humanismo” de Pinochet, Kukryniksy (1974)

LA UNIDAD POPULAR

En 1969, se forma la Unidad Popular (UP), compuesta principalmente por el Partido Socialista y el Partido Comunista, y partidos pequeño burgueses como el Partido Radical. Es un Frente Popular, con la particularidad de ser dirigido por dos grandes partidos obreros de masas.

Los Frentes Populares fueron una política de la Comintern estalinista que llamaba a los partidos comunistas a formar alianzas con partidos de la burguesía supuestamente ‘democrática’. Pero en el fondo los frentes populares significaban la subordinación de la clase obrera a los intereses de la burguesía, bajo el velo de una alianza antifascista. La Unidad Popular logró movilizar amplísimos sectores populares y de trabajadores, en un momento culmine de un proceso de décadas de radicalización de masas en Chile y el continente.

La Democracia Cristiana se formó como un partido que buscaba sobre todo frenar el crecimiento de los partidos obreros. En 1964 el demócratacristiano Eduardo Frei Montalva hizo campaña con fraseología izquierdista y bajo la consigna de “Revolución en Libertad”, derrotó a Salvador Allende. Se inició una reforma agraria que cumplió sólo un tercio del plan contemplado de beneficiar 100.000 familias campesinas; y la “chilenización” del cobre, que estableció sociedades mixtas con 51% de participación del Estado en la minería. Pero los límites de estas reformas solo alimentaron las ansias por transformaciones profundas.

Destaca la fuerza de la clase obrera en aquella época. Así, en 1970 un 85% de la población son asalariados que viven de su fuerza de trabajo, de los que el 46% son obreros. La Central Unitaria de Trabajadores, organizaba a 700,000 miembros, y



Imagen: Biblioteca del Congreso Nacional, Chile

Allende en Rancagua durante la nacionalización del cobre

durante el gobierno socialista llegó al millón de afiliados, un tercio de la población activa. En el sector público la sindicalización llegaba al 90%. En 1965 se contaron 723 huelgas, y en el año 1972 llegan a ser 3,526 de las cuales solo el 3,4% eran consideradas legales. Pero al mismo tiempo, la situación de la clase trabajadora era precaria. Casi la mitad de la población ocupada ganaba menos del salario mínimo. En 1970 una cuarta parte de la población nacional no tiene una vivienda familiar propia, y en Santiago un 10% vive en campamentos.

En 1965, se fundó el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), resultado de la fusión de diversos grupos. Entre ellos el Partido Obrero Revolucionario, con orígenes en la Oposición de Izquierda en Chile de los años 30. Pero en el MIR predominaron los elementos pequeños burgueses y universitarios, que promueven la guerrilla campesina, y en 1969 expulsan burocráticamente a quienes se oponen, principalmente cuadros obreros. Durante el gobierno de Allende, el MIR fue el grupo de izquierda revolucionaria más importante y con algún apoyo de masas. De 2 mil militantes a fines de los 60s, llega a 6 mil en 1973, y es capaz de movilizar con simpatizantes unas 15 mil personas. El brazo campesino del MIR, el Movimiento Campesino Revolucionario, sobrepasa la legalidad del proceso de reforma agraria. Muy significativamente, en La Araucanía en conjunto con los mapuche corriendo cercos lograron que se expropiaran casi 200 mil hectáreas, que fueron restituidas a las comunidades.

En 1970 el Partido Comunista tiene 60 mil militantes, siendo uno de los mayores de América Latina y el más grande de la Unidad Popular. Las Juventudes

Comunistas llegaron a tener 80 mil miembros en 1973. El Partido Socialista se ubica más a la izquierda que los comunistas, y tiene un crecimiento explosivo durante los 3 años del gobierno de Allende, pasando de alrededor de 55 mil a unos 125 mil miembros en 1973. De esta manera, en su conjunto los partidos de izquierda agrupaban entre 200 y 300 mil militantes. Por su parte, la Democracia Cristiana tiene unos 60 mil militantes, con una importante presencia en sindicatos, mientras la oposición de derecha y los grupos fascistas agrupan alrededor de 30 mil personas.

Salvador Allende es un médico que en su carrera fue parlamentario, ministro de salud, y 4 veces candidato a la presidencia. Finalmente ganó las elecciones el 4 de septiembre de 1970, con un 37%. La derecha de Alessandri obtiene 35% y el candidato demócratacristiano un 28%. La división del voto de la derecha y la DC permite que la UP obtenga la mayoría. Pero el triunfo es también expresión del ascenso de masas durante la década de los 60s.

Como no obtuvo una mayoría absoluta, Allende necesita la ratificación del congreso para asumir la presidencia. La conspiración de Estados Unidos y la CIA comienza antes que asuma. Se preparó un secuestro de falsa bandera contra el Comandante en Jefe Rene Schneider, dirigido por el General Viaux con participación del grupo fascista Patria y Libertad. El plan era culpar a la izquierda revolucionaria del secuestro y provocar un putsch militar que impidiera que el congreso ratificara a Allende. Pero el plan no resultó, puesto que Schneider resistió el secuestro con su arma, y los pistoleros de extrema derecha tuvieron que liquidarlo. Un accidente, que reveló la trama golpista y

obligó a las instituciones pretendidamente democráticas a apoyar el traspaso de mando pacífico.

La comandancia en Jefe es sucedida por antigüedad a Carlos Prats, otro militar considerado "constitucionalista" como Schneider. De todas maneras, en vez de guardar esperanzas en sectores constitucionalistas, los partidos de la UP deberían haberse ya prevenido ante la opción evidente de una sublevación militar que forzara un enfrentamiento armado entre los trabajadores y la contrarrevolución.

Finalmente Allende es ratificado bajo la condición de firmar un Estatuto de Garantías Constitucionales, que establecía la autonomía de las FFAA. Es decir, desde el primer momento se atan las manos al gobierno popular de cara al enfrentamiento de clases, sobre una cuestión fundamental como es el carácter del Estado burgués y su brazo armado.

EL PROGRAMA DE LA UP

La Unidad Popular en el gobierno aplica su programa de reformas democráticas y antiimperialistas, incluyendo medidas en favor de los trabajadores sin precedentes en la historia de Chile: Nacionalización de los recursos naturales, la más emblemática: la nacionalización del cobre, considerado el "salario de Chile"; nacionalización parcial de la banca, comercio exterior, y empresas estratégicas, como la compañía de teléfonos ITT; se acelera la reforma agraria iniciada por el gobierno demócratacristiano; reformas sociales denominadas las "40 medidas", como la entrega de medio litro de leche diario para todos los niños y niñas en las escuelas, y el congelamiento del arriendo.

La estrategia de la UP plantea una transición gradual y por vía institucional al socialismo. Se argumenta la especificidad del Estado chileno como un sistema político estable y consideraba las Fuerzas Armadas como "constitucionalistas" y respetuosas de la democracia. Además, define que existe una burguesía nacional progresista.

Se crea el Área de Propiedad Social, con participación de los trabajadores, que comprende 90 empresas estratégicas nacionalizadas. Los trabajadores llevarán más lejos esta iniciativa mediante ocupaciones. Llegaron a ser hasta 254 empresas monopolistas que estuvieron en el Área Social.

Durante el gobierno de la Unidad Popular hubo más de 2.000 ocupaciones de predios. Mientras el gobierno demócrata cristiana había expropiado 3,5 millones de hectáreas, la reforma agraria de Allende expropió 5,3 millones de hectáreas de riego básico, alcanzando hasta el 35% de las tierras agrícolas.

La autoorganización de los trabajadores en los Cordones Industriales es el

punto más alto de esta revolución chilena. Una revolución “por abajo”, que desborda la revolución “por arriba” del programa de gobierno de la UP. Como decían las consignas de la época, es una disputa entre “avanzar sin transar”, y “consolidar para avanzar”.

En 1973 el Área Social llegó a comprender al 30% de la fuerza de trabajo industrial y el 90% de la producción minera. El primer año hubo un crecimiento industrial de 12%. En realidad, hasta mediados de 1972 se vive una pequeña era dorada. En algunas empresas textiles nacionalizadas la producción llegó a duplicarse. Se duplicó el consumo de productos nacionales, muestra de una mejor calidad de vida de los trabajadores que ahora pueden adquirir electrodomésticos, como lavadoras, refrigeradores, y que consumen más carne y leche. Sin embargo, el Estado sólo controlaba el 15% de la distribución. Esto será aprovechado por la burguesía, que utiliza el control que mantiene sobre la economía para sabotear al gobierno. Por otra parte, el boicot imperialista bloquea el acceso a repuestos y maquinarias.

Según el proyecto de la UP era clave la rápida puesta en marcha de una economía planificada en el Área Social, que transformara las relaciones de producción y aumentara la productividad. Sin embargo, las medidas a medias de nacionalización del gobierno de Allende provocan el sabotaje de la burguesía sin haber reemplazado la anarquía del mercado por la planificación democrática. Esto contribuye decisivamente a deteriorar la situación social y económica que lleva a la derrota.

A pesar de las dificultades, el apoyo electoral al gobierno aumenta, los partidos de la Unidad Popular obtienen 50% en las elecciones municipales de 1971. El Partido Socialista crece del 12% al 22%.

En 1971 renunció un sector de la Democracia Cristiana que apoyaba a la Unidad Popular. Siguen el ejemplo del MAPU que se escindió de la DC en 1969. Esto es positivo y muestra la adhesión de algunos sectores medios, pero por otro lado la DC queda bajo control de su ala derecha.

CORDONES INDUSTRIALES

La clase dominante abandona sus esperanzas de derrocar al gobierno por una vía democrática y en octubre de 1972 se lanza una fuerte ofensiva patronal con objetivo de derribar al gobierno. La burguesía y el imperialismo, son conscientes de la agudización de la lucha de clases bajo el gobierno de Allende, con la clase obrera amenazando con desbordar los límites de la democracia burguesa. No están dispuestos a perder su poder, riqueza y privilegios sin dar una batalla. Lamentablemente los dirigentes de la izquierda no tienen la misma claridad de visión y siguen confiando en el carácter



Discurso de Salvador Allende

democrático de las Fuerzas Armadas y la posibilidad de avanzar al socialismo gradualmente sin romper con la democracia burguesa.

Los industriales paralizan sus actividades. El gremio de camioneros realiza una paralización que afecta el transporte de combustibles, materias primas, alimentos y cargas marítimas. Se suman estudiantes de la Universidad Católica, médicos, ingenieros y transporte público. La oposición logra arrastrar a capas medias.

Los trabajadores responden ocupando las fábricas abandonadas por los patrones y florecen los Cordones Industriales, organizaciones obreras, democráticas, de base. Controlan la producción, y hacen sus propios repuestos, escasos debido al bloqueo económico. Para organizar la distribución de productos básicos, se multiplican las Juntas de Abastecimiento y Precios, que combaten el acaparamiento y el mercado negro. Como sucede en todas las revoluciones, se establece un embrión de poder dual, que va más allá de las fábricas, y puede organizar territorialmente a campesinos y pobladores. Entre 20 y 30 mil trabajadores se movilizan en Santiago en torno a los cordones industriales.

Después de un mes el paro patronal es derrotado, y Allende forma un Gabinete

cívico-militar. Esto es una cachetada en la cara, pues los militares fueron llamados a mediar en un conflicto donde la clase trabajadora ya había triunfado. Coloca militares junto a representantes sindicales en el gabinete, confundiendo las organizaciones independientes de los trabajadores con el gobierno.

En un intento por evitar el inevitable enfrentamiento, en enero de 1973 el gobierno presenta el Plan Prats-Millas: la devolución de las fábricas ocupadas en octubre y que no estaban en el programa de gobierno. Además reduce el plan del Área Social de 90 a 49 empresas. Esto es inaceptable para los trabajadores que resisten la medida y el plan es retirado en febrero de 1973.

Se dispone además una Ley de Control de Armas, que se utiliza en allanamientos contra los cordones. Mientras, en los meses antes del golpe, el fascismo realiza al menos 20 atentados diarios. Sobre la base de la confianza ciega en el carácter democrático del estado, en la práctica se desarma a los trabajadores mientras que las bandas fascistas campan a sus anchas.

En las elecciones parlamentarias de marzo de 1973, la unidad popular obtiene 44%. La derecha no logra debilitar decisivamente al gobierno en el campo electoral.



Programa de la Unidad Popular



Los trabajadores a la ofensiva

Para todos los trabajadores avanzados la conspiración golpista es evidente y el golpe inminente. La cuestión entonces era si acaso debe esperarse la agresión o tomar la iniciativa. El arte de la insurrección revolucionaria debe saber disponer de medios defensivos que le permitan con algún disimulo desdoblarse hacia una ofensiva. Pero el grueso del trabajo preparatorio debía ser una tarea política orientada a los soldados con un programa general de democratización de las fuerzas armadas, con el objeto de organizar unidades anti-golpistas.

El 29 de junio de 1973 un sector del ejército se sublevó, el llamado Tanquetazo, organizado por oficiales medios vinculados a Patria y Libertad. El comandante en jefe Prats, acompañado de un tal general Augusto Pinochet, reprime a los sublevados en el centro de Santiago.

El general Prats reflexiona luego en su diario:

“Ya no me cabe duda de que un considerable número de oficiales generales de las fuerzas armadas y carabineros mantienen vínculos políticos con los dirigentes de la oposición, y que esos contactos adquieren carácter conspirativo.(...)Por qué no hablar de política en los cuarteles, si un regimiento con su comandante a la cabeza ha salido a la calle para atacar el palacio presidencial y el Ministerio de Defensa, y si el comandante en jefe ha tenido que salir también a la calle para defender al gobierno constitucional con una ametralladora en la mano?”

Los Cordones tomaron la iniciativa y ocuparon todas las fábricas de la capital y los principales accesos a Santiago; los campesinos centralizaron el abastecimiento. El putsch es derrotado. Pero se evidencian

graves fallas, grupos de trabajadores deambulan sin dirección por las calles de Santiago. Al final de la jornada, Allende pide, de nuevo, que devuelvan las empresas ocupadas durante la jornada y se vuelvan en paz a sus casas.

Como Prats y Pinochet reprimieron la sublevación, el Partido Comunista cree ver confirmada su tesis, que las FFAA son constitucionalistas. En realidad, el Tanquetazo es solo un ensayo general, que confirma que la conspiración va a toda máquina y es cuestión de tiempo antes de otro golpe.

Este era todavía un momento favorable para que el gobierno se apoyara en la clase obrera y lanzara una ofensiva que expropiara definitivamente a los saboteadores burgueses. La contradicción estaba entre defender a un gobierno que los trabajadores consideraban como propio, pero a su vez la necesidad de superarlo por medios revolucionarios. El mismo gobierno los desarmaba política y materialmente ante la contrarrevolución. La revolución socialista era el único medio de defenderse.

Los oficiales golpistas de la Armada comprendían que no sería suficiente con la marina y la aviación para dirigir una acción contra el gobierno. Era clave contar con el apoyo del Ejército, y en esto, el general Carlos Prats era un obstáculo.

El general Prats es acosado por la prensa y con protestas de las esposas de los militares, flaquea bajo la presión y entonces Pinochet asume la comandancia en jefe. Prats lo describió así:

“Es el bellaco de luces limitadas y ambición desmedida, capaz de pasar una vida arrastrándose o agazapado a la espera del instante de cometer un crimen a mansalva, que le permita cambiar su destino por un golpe de audacia. Tengo

la convicción de que solo se subió al carro de los golpistas en el último minuto, pero no dudo que se aferrará al poder cueste lo que cueste. Quedará como el gran traidor de nuestra historia. El que condujo al ejército y las fuerzas armadas a cometer un error mayúsculo e irreparable”.

Prats será asesinado meses más tarde en su exilio en Buenos Aires. El mando del Ejército ha tomado así su lugar en la trama golpista.

LOS MARINOS CONSTITUCIONALISTAS Y EL GOLPE

Es sabido que los principales conspiradores estaban en la Armada y que se reúnen regularmente con consejeros militares estadounidenses. Con la excusa de hacer preparativos para la operación UNITAS, en realidad preparan claves de comunicación entre los buques estadounidense y chilenos para el golpe de Estado. Además la marina provee armas y entrenamiento militar a Patria y Libertad, mientras los oficiales gritaban a la tropa abiertamente golpistas.

Un grupo de marinos conoce los planes de sus oficiales para derrocar al gobierno. Saben además que hay muchos marinos antigolpistas. Se elaboran dos estrategias que dividen las opiniones del grupo. Uno, inspirados por la sublevación de la escuadra de 1931 cuando los marinos apresan a los oficiales y toman control de las naves, elaboran un plan para reaccionar solo en caso de golpe, donde ocuparían los buques para llevarlos a alta mar, fuera de uso para la contrarrevolución.

La otra idea era anticiparse al golpe, por lo que este grupo decide contactar con dirigentes políticos de la izquierda revolucionaria. El MIR, el MAPU y el PS no acuerdan en su totalidad con el plan que el grupo le presenta, y tampoco alcanzan consenso entre ellos. La falta de unidad de una dirección revolucionaria de los trabajadores fue otra desventaja, mientras la contrarrevolución pudo resolver este problema a través de los 3 duros años de oposición y obtener unidad de mando para el golpe.

En agosto de 1973 las reuniones con la izquierda son descubiertas. Los marinos son procesados por la justicia militar, acusados de insurrección y torturados. Escandalosamente, Allende no interviene en su ayuda, arguyendo que esto viola la autonomía de las FFAA (¡¡!). Esto es determinante para la derrota, pues desincentiva a los soldados y marinos de base a actuar en defensa del gobierno. Sumado a que la Unidad Popular no elaboró una política para las fuerzas armadas y la tropa no era escuchada.

Uno de los marinos torturados, un cabo, dirá años más tarde: “Creo que Allende se preocupó más de ganarse el mando, de

ganarse la oficialidad. [...] Entonces nos descuido a nosotros los suboficiales”.²

El 4 de septiembre, 800.000 trabajadores marchan frente a La Moneda, pidiendo armas y el cierre del congreso. El 5 de septiembre, los cordones industriales envían una carta al presidente Salvador Allende, destacamos algunas cosas que los trabajadores reclaman:

“... Consideramos no solo que se nos está llevando al camino que nos conducirá al fascismo en un plazo vertiginoso, sino que se nos ha estado privando de los medios para defendernos. Por lo tanto le exigimos a usted, compañero Presidente, que se ponga a la cabeza de este verdadero ejército sin armas, pero poderoso en cuanto a conciencia, decisión, que los partidos proletarios pongan de lado sus divergencias y se conviertan en verdadera vanguardia de esta masa organizada, pero sin dirección.

Exigimos: (...)

5. Frente al área social: Que no solo no se devuelva ninguna empresa donde exista la voluntad mayoritaria de los trabajadores de que sean intervenidas, sino que esta pasen a ser el área predominante de la economía. (...)

8. Exigimos que se derogue la Ley de Control de Armas. Nueva Ley Maldita que solo ha servido para vejar a los trabajadores, con los allanamientos practicados a las industrias y poblaciones, que está sirviendo como un ensayo general para los sectores sediciosos de las fuerzas armadas, que así estudian la organización y capacidad de respuesta de la clase obrera en un intento para intimidarlos e identificar sus dirigentes.

9. Frente a la inhumana represión a los marineros de Valparaíso y Talcahuano, exigimos la inmediata libertad de estos hermanos de clase heroicos, cuyos nombres ya están grabados en las páginas de la historia de Chile.”³

Sin embargo, Allende y los dirigentes de la Unidad Popular siguen aferrados

“

Allende y los dirigentes de la Unidad Popular siguen aferrados tercamente a su concepción de un estado ‘democrático’ que obedecía al gobierno y unas fuerzas armadas ‘constitucionalistas’...

”

tercamente a su concepción de un estado ‘democrático’ que obedecía al gobierno y unas fuerzas armadas ‘constitucionalistas’ y respetuosas de la cadena de mando. Ese camino llevaba directamente al desastre como advertían los cordones industriales en su carta.

“Estamos absolutamente convencidos de que históricamente el reformismo que se busca a través del diálogo con los que han traicionado una y otra vez, es el camino más rápido hacia el fascismo.”

Desoyendo el clamor de la clase obrera Allende propone a los partidos un plebiscito, en un intento de utilizar métodos parlamentarios para resolver el conflicto de poderes entre el gobierno y la oposición en el Congreso. La fecha del golpe se fija el 11 de septiembre, para prevenir el anuncio de esta medida.

Toda sublevación necesita un momento de “desborde”, un momento delicado en que las fuerzas están en un estado “cero” o de pasividad, y del que saltan resueltamente a la acción ofensiva. El factor sorpresa puede contar con el secreto y el engaño. Que había un golpe en ciernes no era ningún secreto, pero las direcciones de la izquierda, principalmente los comunistas y el propio Allende, estaban engañados por sus propias tesis políticas sobre el constitucionalismo de las fuerzas armadas.

El Estado Mayor había elaborado un plan anti insurreccional en caso de emergencias, el Plan Hércules, pero en realidad este se aplicó para derrocar al propio

gobierno. Como ya era de público conocimiento que la Armada eran golpistas, el golpe comienza en la madrugada en Valparaíso. Entonces la respuesta natural sería enviar los regimientos de Santiago para supuestamente reprimir el alzamiento. En realidad, sólo irían al encuentro amistoso con los sublevados para neutralizar cualquier resistencia y proceder al golpe en Santiago.

Joan Garces, asesor cercano del presidente Allende explica:

“La obra de Pinochet consistió en lograr convertir el dispositivo destinado a defender al gobierno en centro de dirección y apoyo de la insurrección (...) Pero el éxito de la acción de Pinochet no se explica sin considerar el hecho decisivo: enfrente del aparato del estado no había ninguna organización con capacidad de resistencia militar (...) La ausencia de toda capacidad coercitiva proletaria autónoma dejaba a la UP sin otra disyuntiva militar que la de continuar apoyándose en la oficialidad que aparentaba conciencia profesional y democrática.”⁴

Los trabajadores, huérfanos de dirección política, se concentraron en los lugares de trabajo esperando instrucciones. Ante un enemigo superior en armamento y coordinación, lo que correspondía era responder con movilidad y comunicación, no permanecer en puntos fijos. Algunas fábricas y poblaciones resistieron heroicamente, pero los militares controlaron toda la situación en algunas horas.



Junta Militar y Pinochet celebrando la Constitución de 1980 en marzo 1986

Se dice que Allende no armó a los trabajadores. Es verdad, pero no es la mejor forma de plantearlo. El problema es que las principales organizaciones jugaron con la cuestión militar sin plantearse seriamente. Se requiere formar cuadros, pensar una política dirigida a los soldados de base y eventualmente preparar una fuerza propia. No basta suponer la existencia de sectores simpatizantes en las fuerzas armadas, se necesita el coeficiente activo de la lucha de clases. Una acción decidida de las masas organizadas podía ganar a un sector de soldados y marinos, quebrando las FFAA en líneas de clase. Sobre todo, se necesitaba un partido revolucionario que dirigiera la tremenda creatividad y disposición de combate de la clase obrera y su vanguardia. Las masas estaban desarmadas políticamente.

LA DICTADURA

Frei y la Democracia Cristiana pensaban que los militares le traspasarían el poder en el corto plazo. Pero la dictadura se prolongó 17 años. Las masas estaban desmoralizadas e impotentes ante la reacción triunfante. Había una situación económica desastrosa, luego de años de sabotaje de la propia derecha, pero también producto de la crisis internacional. A pesar de sus contradicciones internas, la dictadura pudo mantenerse por inercia.

En las organizaciones de izquierda en la clandestinidad y en el exilio, comenzaron fuertes debates internos. Se trataba de definir tres cosas: Las causas de la derrota del gobierno de la UP, el carácter de la dictadura militar, y por último, por qué medios acabar con la dictadura.

La clase obrera chilena había vencido la ofensiva contrarrevolucionaria en varias ocasiones, notablemente en octubre del 72, y mostró su potencial para dirigir

la economía y la sociedad. Faltaba generalizar estas experiencias, y coordinarlas a nivel regional y nacional. Lamentablemente esto no se logró, por falta de tiempo, pero por encima de todo por la ausencia de una dirección revolucionaria con suficiente apoyo entre las masas. Los trabajadores requerían acciones audaces para solucionar la cuestión del poder. Y finalmente la reacción resolvió esta cuestión a su favor.

El grupo fascista "Patria y Libertad", fue una fuerza pequeña y auxiliar de la reacción. Esto diferencia a Pinochet en lo fundamental, del fascismo de Hitler o Mussolini, que se apoyan en organizaciones fascistas de masas para destruir a la clase obrera. Por su parte, la dictadura de Pinochet utiliza el aparato estatal, el "dominio de la espada", es un régimen bonapartista. Pero es particularmente cruel, debido precisamente a la gran fuerza que habían mostrado los trabajadores. En este sentido, es un bonapartismo con rasgos fascistas.

Los militares no eran ningunos economistas ni intelectuales. No fue hasta la llegada de los Chicago Boys en 1975 que el régimen adoptó un proyecto económico y político que se combinó con el conservadurismo local. La dictadura no recuperó simplemente las posiciones perdidas de la burguesía y el imperialismo, sino que transformó la estructura social y económica de Chile. Es el llamado modelo neoliberal. La contrarrevolución consolida su proyecto y dicta la Constitución de 1980.

Se establecen los pilares ideológicos y económicos del sistema. El Código del trabajo, con leyes antisindicales que acaban con la negociación por rama. La desnacionalización del cobre, que permite además concesionar otras empresas estatales. El

sistema privatizado de pensiones. La municipalización de la educación pública y la privatización de la educación universitaria. El negocio forestal. Podríamos continuar, pero digamos simplemente que estas políticas fueron impugnadas por el movimiento estudiantil de 2006 y 2011, y más recientemente por la rebelión de octubre del 2019.

El exilio jugó un rol decisivo en la izquierda, en un proceso conocido como Renovación Socialista, influenciado por la experiencia de los regímenes estalinistas, el eurocomunismo y el financiamiento de la socialdemocracia europea. La propuesta de colaboración de clases del "compromiso histórico" de Berlinguer en Italia, será fundamental. También la "transición modélica" en España después de la muerte de Franco.

La Renovación Socialista trata de articular democracia burguesa y 'socialismo', generando alianzas con el centro, es decir con la Democracia Cristiana, abandonando la lucha de clases y la toma del poder por la clase obrera.

El Partido Socialista sufre una crisis y divisiones en 1979 pero la Renovación Socialista será hegemónica. Sin embargo, hay corrientes socialistas con más presencia en el interior de Chile, que mantienen sus banderas revolucionarias.

Hasta 1979 el Partido Comunista, cuya dirección no ha roto con la política frentepopulista que llevó al desastre, quiere incluir a la DC en un "Frente Antifascista" contra la dictadura. Pero la DC los rechaza y en realidad quiere aislarlos. Influenciados por comunistas en la RDA, y el ánimo combativo de jóvenes militantes en el interior, se promueve la Rebelión Popular de Masas. Es decir, el camino de la derrota política de las Fuerzas Armadas y no la conciliación con el régimen.





Nacionalización del cobre - Mural de la Brigada Ramona Parra

LA LUCHA CONTRA LA DICTADURA

En 1982 Chile sufre la mayor crisis económica desde 1930. El PIB cayó un 15%, el desempleo alcanzó el 25%, y en algunos sectores marginales era de hasta 40%. A principios de los años 1980 ronda el ejemplo de la revolución sandinista en Nicaragua y El Salvador, donde algunos chilenos lucharon y recibieron instrucción. Y en 1983 se cumplen 10 años de insostenible estado de excepción y toques de queda.

Estos factores explican las protestas que tomaron por sorpresa tanto a los militares como a los partidos políticos. La Confederación de Trabajadores del Cobre (CTC), llama a la Primera Jornada de Protesta Nacional para el 11 de mayo de 1983. Las manifestaciones son masivas y especialmente combativas en las poblaciones periféricas de Santiago. Pero también se suman profesionales, comerciantes y transportistas. Surge además una organización de mujeres opositoras a la dictadura, el MEMCH 83. Los sindicatos dispuestos a movilizarse dan forma al Comando Nacional de Trabajadores (CNT).

Se crea la Alianza Democrática, que agrupa a la DC, los socialistas renovados, y algunos sectores de derecha opositores a la dictadura, que presionan por una rápida negociación. Por otra parte, el Partido Comunista, socialistas, el MIR, y otros grupos de izquierda forman el Movimiento Democrático Popular. Hay una

competencia entre la salida pactada de la Alianza Democrática y la salida rupturista del Movimiento Democrático Popular. La tercera opción es continuar con el calendario institucional de la dictadura que contempla un plebiscito en 1988. Pinochet gana tiempo en diálogos infructíferos, mientras desata la represión indiscriminada y la eliminación selectiva de dirigentes.

Existe un ánimo pre insurreccional que amenaza con desbordar las negociaciones. El Partido Comunista conecta con la radicalización en las poblaciones, ingresan cuadros militares al país, y nace el Frente Patriótico Manuel Rodríguez (FPMR).

La mayor Jornada de Protesta Nacional tiene lugar el 2 y 3 de julio de 1986, con una paralización total. Los grupos que buscan la derrota política de las FFAA califican que este es el "año decisivo". Pero ocurre la incautación de armas enviadas desde Cuba, una operación fallida del FPMR y un mes más tarde fracasa el atentado a Pinochet. Es un golpe logístico y moral que hunde al PC y al FPMR en una crisis, debilitando así la opción rupturista.

Se consolida la salida pactada, que da lugar a la Concertación de Partidos por la Democracia, haciendo campaña para el plebiscito de 1988. El NO (No continuar la dictadura) gana con 56%, contra 44% del SI.

La transición democrática pactada fue un compromiso por arriba, para evitar el desborde insurreccional por abajo. Se oxigenó a la dictadura en momentos decisivos, evitando su caída por medios revolucionarios. La impunidad de los crímenes de la dictadura quedó establecida y las fuerzas armadas quedaron sin depurar. La "Concertación", coalición formada principalmente por el recién fundado Partido Por la Democracia, Partido Socialista y la Democracia Cristiana, administró las aspiraciones democráticas del pueblo chileno después de la dictadura. Pero gobernaron con el mismo legado dictatorial. Cambiar todo para que nada cambie.

A 50 años del sangriento golpe de estado vivimos todavía con el legado de esa derrota. Es crucial sacar las lecciones necesarias, la más importante de todas, acerca del carácter de clase del estado burgués y la imposibilidad de la toma del poder por parte de la clase obrera por vías simplemente institucionales. ■

- 1 C Prats, *Una vida por la legalidad*, Fondo de Cultura Económica, 1976, págs 92-93
- 2 Jorge Magasich, "Los que dijeron 'No'", en Vol I. *Historia del movimiento de los marinos antigolpistas de 1973*, LOM, 2008.
- 3 Carta que los Cordones Industriales dirigieron al Compañero Allende, 5 de septiembre 1973
- 4 Joan Garcés, *Allende y la experiencia chilena*, 1976, pág 363



Image: Marianocceowski

Cueva de las Manos, Argentina, creada en olas entre el 7300 a.C. y el 700 d.C.

¿CÓMO PODEMOS SER LIBRES? UNA CRÍTICA MARXISTA DE EL AMANECEER DE TO DO

El amanecer de todo, del antropólogo anarquista David Graeber y el arqueólogo David Wengrow, ha sido ampliamente promocionado como una nueva visión radical de la historia humana tanto en la prensa dominante como en la izquierda. En este artículo, **Joel Bergman** somete esta obra a una rigurosa crítica marxista y expone los fallos fatales inherentes a la visión idealista del desarrollo histórico de los autores.

En otoño de 2021 se publicó un nuevo libro titulado *The Dawn of Everything: A New History of Humanity* (*El amanecer de todo: una nueva historia de la humanidad*), del antropólogo David Graeber y el arqueólogo David Wengrow. Viniendo de Graeber, un anarquista bien conocido por su participación en el movimiento #Occupy que falleció en 2020, el libro ha sido bien recibido por muchos en la izquierda. Sin embargo, al examinarlo más de cerca, *El amanecer de todo* resulta ser una apología conservadora del statu quo, que socava nuestra capacidad de comprender la sociedad y, por tanto, de transformarla.

¿UNA NUEVA CIENCIA DE LA HISTORIA?

El amanecer de todo nos presenta una promesa audaz se mire por donde se mire. Los autores afirman “dar la vuelta a la narrativa convencional” y, además, nos anuncian que “no solo presentaremos una nueva historia de la humanidad, sino que invitaremos al lector a que se adentre en una nueva ciencia de la historia, una que devuelve a nuestros ancestros toda su humanidad”.¹

La tesis central de este libro es que los seres humanos podemos cambiar nuestra estructura social independientemente de nuestras condiciones materiales. De

hecho, todo el método de este libro consiste en argumentar que la “voluntad humana” -el libre albedrío- y las ideas son los factores determinantes del desarrollo de la historia y que las únicas leyes que rigen el desarrollo histórico son las que “creamos nosotros”.²

Durante la inmensa mayoría de la historia de la humanidad, los autores sostienen que hemos “transitado fluidamente entre distintas disposiciones sociales, alzando y desmantelando jerarquías de modo habitual”.³ Por tanto, nos dicen, el método científico de buscar los factores determinantes del desarrollo social más allá de la mente humana, no sólo niega a nuestros antepasados su voluntad y, por tanto, su “humanidad”, sino que se basa en supuestos falsos y debe ser abandonado.

En consecuencia, las diversas explicaciones materialistas que se han propuesto para fenómenos como el auge de la realeza, la explotación de clase y la opresión de la mujer, son simplemente “mitos”, que no hacen sino enturbiar nuestra comprensión del pasado. En su lugar, deberíamos preguntarnos “cómo nos quedamos atascados” en la *creencia* de que no podemos organizar la sociedad de otra manera⁴. Este punto de inflexión es el llamado “amanecer de todo” que da nombre al libro: el momento en que todas nuestras

ideas sobre cómo puede organizarse la sociedad quedaron fijadas.

Esto representa un enorme ataque a cualquier estudio científico de la historia y, como veremos, al marxismo en particular, aunque de forma más disimulada. Pero incluso si juzgamos *El amanecer de todo* en sus propios términos, su método idealista hace imposible que Graeber y Wengrow nos proporcionen respuesta alguna a las preguntas que plantean. Como era de esperar, en más de 600 páginas de texto y notas [más de 1700 en la edición en español], los autores nunca explican cómo “nos quedamos atascados”.

LIBRE ALBEDRÍO Y DETERMINISMO

La contraposición de la “libertad” a lo que Graeber y Wengrow llaman “determinismo” en realidad no hace sino devolvernos a un viejo debate filosófico sobre la relación entre libertad y necesidad. Aplicado a la historia de la humanidad, se trata de un debate sobre hasta qué punto los acontecimientos y las instituciones que surgen a lo largo de la historia están moldeados por la libre elección de los individuos que componen la sociedad, o por leyes objetivas que escapan a su conocimiento y control.

Durante miles de años, filósofos e historiadores se han enfrentado a una

aparente contradicción. Por un lado, los acontecimientos históricos se componen de las acciones de individuos que son seres humanos conscientes, motivados por su propia voluntad. Pero, por otro lado, el desarrollo de la sociedad humana en su conjunto muestra un notable grado de uniformidad, lo que apoya la idea de que se rige por leyes que son independientes de cualquier voluntad humana.

Marx resolvió célebremente esta contradicción de la siguiente manera: “Los hombres hacen su propia historia, pero no la hacen a su libre arbitrio, bajo circunstancias elegidas por ellos mismos, sino bajo aquellas circunstancias con que se encuentran directamente, que existen y les han sido legadas por el pasado”.⁵

Los historiadores anteriores habían reconocido que nuestras ideas no caen del cielo, sino que están moldeadas por nuestro entorno, incluidas las condiciones sociales en las que nacemos. Pero se vieron atrapados en un ciclo infernal cuando intentaron explicar las fuentes de esas condiciones.

Instituciones como el Estado y la propiedad privada se consideraron producto de las constituciones de las distintas sociedades que han existido a lo largo de la historia. ¿Y qué determinaba las costumbres establecidas en estas constituciones? Las ideas de los “grandes hombres” que las redactaron. Sus ideas se explicaban por referencia a ideas aún más antiguas, y así sucesivamente hasta que finalmente se buscaba refugio en la gran causa final de toda la historia: la naturaleza humana, o Dios.

Fue Marx quien descubrió una salida a este callejón sin salida. Estableció el hecho básico de que el desarrollo de la sociedad humana dependía ante todo del desarrollo de las fuerzas productivas. En otras palabras, el desarrollo de la forma en que los seres humanos interactúan con su entorno para producir las necesidades materiales de la vida constituye la base sobre la que se construye la sociedad humana.

El modo en que los seres humanos producen su sustento Marx lo llamó “modo de producción”, algo inherentemente social, en el que entran en ciertas relaciones que son “necesarias e independientes de su voluntad”.⁶ Sobre esta base material de la sociedad surgen la cultura, la política y la ideología. Como explicó Marx: “El modo de producción de la vida material condiciona el proceso de la vida social política y espiritual en general. *No es la conciencia del hombre la que determina su ser sino, por el contrario, el ser social es lo que determina su conciencia*”.⁷

Para Marx, las relaciones de producción no están fijadas para siempre por la naturaleza humana ni por ninguna otra cosa. Cambian junto con el desarrollo de la propia producción. Por lo tanto,

la aparición de nuevas ideas sobre cómo dirigir la sociedad y las grandes revoluciones que han derrocado los modos de vida hasta entonces dominantes no son acontecimientos arbitrarios ni el producto de un único gran genio, sino, en última instancia, el reflejo de cambios profundos en los fundamentos materiales de la sociedad.

Pero esto no significa que los seres humanos carezcan de “voluntad”. Al fin y al cabo, la historia no se compone más que de las acciones y elecciones de los seres humanos. Más bien, la visión marxista de la historia rechaza el poder sobrehumano que se había insertado erróneamente en el lugar de la actividad humana real.

Como explicó Engels, “la libertad no consiste en una soñada independencia respecto de las leyes naturales, sino en el reconocimiento de esas leyes y en la posibilidad, así dada, de hacerlas obrar según un plan para determinados fines”.⁸ De este modo, el estudio de la sociedad humana se situó por primera vez sobre una base genuinamente científica.

Por desgracia, según Graeber y Wengrow, es precisamente este enfoque científico, que Marx y Engels desarrollaron más que nadie, el que nos ha llevado por mal camino. Pero, ¿cómo abordan esta cuestión? Parafraseando a Marx, empiezan afirmando: “hacemos nuestra propia historia, pero no bajo condiciones de nuestra propia elección”.⁹ Pero continúan negando por completo esta misma idea al afirmar a continuación que, dado que “no podemos saber realmente” qué diferencia supone realmente la “agencia humana”, “precisamente dónde se desea poner el límite entre libertad y determinismo es, en gran parte, cuestión de gustos”.¹⁰ Así, en realidad, lo que se esconde tras las confusas advertencias de Graeber y Wengrow,

es una rendición completa a la idea del “libre albedrío” como principal determinante de la historia humana.

Los autores explican: “Dado que este libro trata sobre todo de la libertad, nos parece apropiado colocar el límite un poco más a la izquierda de lo habitual”,¹¹ con “la izquierda” favoreciendo la libertad frente al determinismo. El resto del libro es esencialmente una serie de intentos más o menos artificiosos de demostrar la premisa que adoptaron arbitrariamente al principio.

Sin embargo, de este modo resulta imposible explicar nada. Después de todo, si la respuesta a la pregunta “¿Por qué un determinado pueblo vive de una determinada manera?” es siempre “Porque así lo eligieron”, surge inmediatamente la pregunta: “¿Por qué lo eligieron?” La respuesta de Graeber y Wengrow a esta pregunta consiste simplemente en enumerar las diversas ideas que las distintas sociedades tenían sobre cómo debía vivir la gente. Pero todo esto equivale a decir que la gente eligió vivir de una determinada manera porque pensaban que era la manera adecuada de vivir.

Si esto suena como una forma bastante circular de estudiar el pasado, es porque lo es. El defecto fatal de todo idealismo histórico radica en que se toma como punto de partida de la investigación lo que se quiere explicar, las ideas de los seres humanos. Este problema ineludible está personificado por el método del llamado “análisis” aplicado a lo largo del libro, en el que los resultados de las investigaciones de los autores están predeterminados por cualquier idea o prejuicio favorito con el que quieran impresionarnos. La única sorpresa es la tortuosa forma en que se deforman los hechos para adaptarlos a la teoría.



Familia inuit en 1924

Se necesitarían cientos de páginas para responder a cada estudio de caso presentado o tergiversado en el libro, por lo que será necesario limitar esta reseña únicamente a los argumentos más importantes y representativos que exponen los autores.

'EXPERIMENTOS SOCIALES AUDACES'

En el primer capítulo, titulado "Adiós a la infancia de la humanidad", Graeber y Wengrow argumentan en contra de la creencia común entre los antropólogos de que las primeras sociedades de cazadores-recolectores eran igualitarias, con poca o ninguna desigualdad de riqueza o poder, afirmando que esto es una forma de "infantilizar"¹² a los primeros humanos y privarles de "agencia".

En su lugar, afirman que, durante la gran mayoría de la existencia de nuestra especie, los humanos se dedicaron a "atrevidos experimentos sociales" y que la sociedad se parecía a "desfile carnavalesco de distintas formas políticas"¹³, lo que, según nos dicen, respalda la premisa general de que podemos elegir nuestra estructura social independientemente de las condiciones materiales. Pero esta premisa nunca se demuestra.

Lo más cerca que llegan los autores de demostrar que las sociedades se mueven "fluidamente entre distintas disposiciones sociales" son los ejemplos de sociedades de cazadores-recolectores que variaban sus estructuras sociales al ritmo de las estaciones¹⁴. Hacen referencia a los nambikwara que viven en el Amazonas; los lakota de las llanuras norteamericanas; y los inuit del norte de Canadá, Groenlandia y Alaska.

Según Graeber y Wengrow, estas tres sociedades adoptaban estructuras sociales más o menos jerarquizadas en distintas épocas del año. Tomando a los inuit como ejemplo, los antropólogos señalaron que tenían dos estructuras sociales distintas, una en verano y otra en invierno. En verano, los inuit se dispersaban en pequeños grupos familiares bajo una rígida jerarquía encabezada por el cabeza de familia masculino, mientras que en invierno se congregaban todos juntos en comunidades más grandes donde predominaba un estilo de vida más igualitario.

Intentando apoyar su teoría general de que los humanos eligen conscientemente su estructura social, Graeber y Wengrow afirman que los inuit lo hacían "bajo el común entendimiento de que ningún orden social era fijo ni inmutable"¹⁵. Citan al antropólogo francés Marcel Mauss, que estudió a los inuit, y llegan a la conclusión de que: "En gran parte, pues, concluía, los inuit vivían del modo en que lo hacían porque creían que era como debían vivir los humanos"¹⁶. ¿Qué visión tan

innovadora! Sin embargo, el problema con esto es que no es en absoluto lo que argumentaba Mauss.

Al hablar de la variación estacional de los inuit, Mauss explicó que: "El verano abre un área casi ilimitada para la caza y la pesca, mientras que el invierno restringe estrechamente esta área. Esta alternancia proporciona el ritmo de concentración y dispersión para la organización morfológica de la sociedad esquimal. La población se congrega o se dispersa como la caza. El movimiento que anima a la sociedad esquimal está sincronizado con el de la vida circundante"¹⁷.

En otras palabras, los inuit *adaptaron su organización social a su entorno natural y a los recursos de que disponían en las distintas épocas del año*. Incluso la espiritualidad inuit se estructuró en torno a las distintas condiciones en las que se procuraban alimentos y si había o no abundancia. En invierno, que en las regiones árticas dura nueve meses al año, estas tradiciones espirituales se basaban en no ofender a los espíritus de los animales para garantizar una buena caza. Durante esta época, existían todo tipo de tabúes y una tradición muy estricta de repartirse toda la comida. De no ser así, la sociedad probablemente perecería. Los grupos que desarrollaron estas tradiciones fueron los que pudieron sobrevivir en estas duras condiciones.

Sin embargo, en el corto periodo estival, las familias se dispersaban para aprovechar la plétora de nuevas oportunidades de caza/pesca disponibles, y acumulaban un excedente que les ayudara a capear el periodo invernal. En el Ártico no crece casi nada, por lo que la caza mayor proporciona la mayor parte de la ingesta calórica. Por lo general, la realizaban los hombres, que asumían así el liderazgo de los grupos familiares, reestructurados temporalmente para facilitar al máximo la caza.

Lejos de ser un ejemplo de una sociedad que se mueve conscientemente entre diferentes etapas de desarrollo, los inuit siguieron siendo en todo momento una sociedad de cazadores-recolectores comunistas, que adoptaron formas de liderazgo más rígidas de forma temporal y restringida para garantizar mejor la producción y reproducción de la vida. Que los inuit "sintieran que así es como deben vivir los humanos" no es sorprendente, pero este sentimiento no refuta el hecho de que su forma de vida estuviera evidentemente determinada por su entorno material y por el modo de producción de sus medios de subsistencia.¹⁸

Como veremos, a lo largo del libro se produce un fenómeno similar: los autores tergiversan a los antropólogos, distorsionan los hechos e ignoran todo lo que no se ajusta a su narrativa.

¿NO HAY ORIGENES?

Tras argumentar que las sociedades han adoptado todo tipo de formas políticas, con independencia de su grado de desarrollo económico, Graeber y Wengrow se centran también en una cuestión posiblemente aún más importante: ¿vivían de manera comunitaria nuestros antepasados prehistóricos?

En su libro *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*, Engels demostró que, lejos de ser características inmutables de nuestra sociedad, la propiedad privada, el Estado y la familia patriarcal no han existido siempre. Basándose en los estudios antropológicos modernos de la época, en particular los de Lewis Henry Morgan entre los iroqueses del Estado de Nueva York, Engels demostró que nuestros primeros antepasados vivían bajo lo que él denominó "comunismo primitivo". Estas primeras sociedades humanas eran cazadoras-recolectoras, entre las que se desconocían los conceptos de propiedad privada y todas las cosas más allá de las posesiones personales se tenían en común.

Desde la publicación de la obra de Engels, antropólogos y arqueólogos han estudiado cientos, si no miles, de yacimientos prehistóricos y sociedades modernas de cazadores-recolectores. La inmensa mayoría de ellos ha llegado a la conclusión de que la sociedad humana primitiva debía ser comunista o "igualitaria", haciéndose eco de las conclusiones de Engels. Incluso *El amanecer de todo* hace referencia al antropólogo estadounidense Christopher Boehm y al antropólogo británico James Woodburn, que estudiaron por separado docenas de sociedades de cazadores-recolectores y llegaron a la conclusión de que los primeros humanos debieron ser igualitarios.

Las cosas empezaron a cambiar con la transición de la caza y la recolección a sociedades basadas en la agricultura y la ganadería, que el arqueólogo marxista V. Gordon Childe describió célebremente como la "revolución neolítica". Este periodo marcó un enorme desarrollo de las fuerzas productivas de la humanidad y, por primera vez, se hizo posible un excedente estable. En correspondencia con ello, se plantaron las semillas de la propiedad privada y la sociedad de clases. Con el tiempo, una clase dominante se alzó con el poder, apropiándose del producto excedente, cimentando la explotación de las masas trabajadoras y construyendo un aparato estatal represivo para defender su posición privilegiada. Este proceso tuvo lugar de forma independiente y en distintos momentos en varios lugares del mundo.

Esta explicación plantea un problema para Graeber y Wengrow, porque sugiere que los pueblos que adoptaron las

instituciones de la sociedad de clases lo hicieron bajo la presión de las circunstancias materiales, derivadas de la evolución de las fuerzas productivas y del modo de producción de la vida material, y no simplemente porque “eligieron” hacerlo. Reventar este “mito” ocupa, pues, la mayor parte de *El amanecer de todo*.

El primer punto de ataque es la idea misma de que las sociedades prehistóricas de cazadores-recolectores fueran comunistas para empezar. Graeber y Wengrow afirman que la estratificación social y la desigualdad siempre han existido y que, por tanto, la sociedad prehistórica no podría describirse como verdaderamente comunista o “igualitaria”. Pero, como veremos, en lugar de derivar su teoría de los hechos, intentan encajar con calzador los hechos en su teoría.

A pesar de su exceso de confianza, todo lo que *El amanecer de todo* aporta para intentar demostrar que la desigualdad siempre ha existido son unos pocos enterramientos encontrados en Eurasia occidental durante el paleolítico superior, a los que se refieren como “enterramientos principescos”¹⁹. Pero más adelante en el libro, se ven obligados a reconocer que los enterrados en esos yacimientos son con toda probabilidad individuos venerados por sus deformidades físicas y nada que ver con una clase alta privilegiada. De hecho, los autores se ven obligados a reconocer que es “altamente improbable” que la sociedad estuviera dividida “en torno a estatus, clase y poder hereditario” miles de años antes de los orígenes de la agricultura²⁰.

Los autores recurren entonces a un juego de definiciones, argumentando por ejemplo que como no existe una definición común de la palabra “igualdad” no hubo por tanto un pasado igualitario. En relación con los orígenes de la propiedad privada, juegan a un juego similar. En el capítulo cuatro, afirman: “Si la propiedad privada tiene un «origen», es tan antiguo como la idea de lo sagrado.”²¹ Ampliando esta idea, afirman que los amazónicos creían que “que casi todo lo que los rodea tiene un dueño, o es potencialmente una propiedad, de lagos y montañas a cultivos, arboledas y animales”.²²

Pero, ¿quién sería el “dueño” de estas cosas? No los individuos, ni siquiera los grupos de forma colectiva, sino entidades sobrenaturales. De hecho, los autores aceptan que en otras sociedades de cazadores-recolectores, “Muchas veces se decía que los verdaderos «dueños» de la tierra u otros recursos materiales eran dioses o espíritus; los humanos eran meros ocupantes, cazadores furtivos o, en el mejor de los casos, cuidadores”.²³

El juego de palabras de los autores no cambia el hecho de que la noción espiritual común entre los cazadores-recolectores



Imagen: Robert Stewart Burrett

Arte rupestre prehistórico cerca de Mutoko, Zimbabwe

de que los seres sagrados “poseen” el bosque, los lagos, los ríos y las montañas, etc., en realidad significa precisamente lo contrario de lo que Graeber y Wengrow intentan hacer entender: que estas cosas *no pueden ser propiedad* de nadie. Esto se debe a que se trataba de sociedades comunistas de cazadores-recolectores y confirma precisamente lo que predeciría una teoría materialista de la evolución social.

LA ‘CRÍTICA INDÍGENA’

En el segundo capítulo, titulado “Maldita libertad: La crítica indígena y el mito del progreso”, Graeber y Wengrow intentan refutar la existencia del comunismo primitivo utilizando testimonios de primera mano del tipo de sociedad en la que Morgan y Engels basaron sus teorías.

La mayor parte del capítulo está dedicada a la “crítica indígena” de la sociedad capitalista europea por parte del líder hurón-wendat de finales del siglo XVII, Kandiaronk. Citan la crítica de Kandiaronk a la sociedad francesa:

“Afirmo que lo que llamáis dinero es el diablo de todos los diablos; el tirano de los franceses, la fuente de todos los males, el azote de las almas y el matadero de los vivos. Creer que uno puede vivir en el país del dinero y conservar el alma es como creer que se puede conservar la propia vida en el fondo de un lago. El dinero es el padre del lujo, de la lascivia, de las intrigas, de los engaños, de las mentiras, de la traición, de la insinceridad... de las peores conductas del mundo. Los padres venden a sus hijos; los maridos, a sus mujeres; las mujeres traicionan a sus maridos; los hermanos se matan entre sí; los amigos son falsos y es todo debido al dinero”.²⁴

Kondiaronk continúa:

“Una y otra vez he hablado de las cualidades que nosotros los wyandot

creemos que definen la humanidad — sabiduría, razón, equidad, etcétera— y demostrado que la existencia de intereses materiales separados niega totalmente esas cualidades. Un hombre motivado por interés no puede ser un hombre de razón.”²⁵

Critica aún más a la sociedad europea, afirmando que “se comete todo tipo de crímenes por causa de *lo tuyo y lo mío*”, y sugiere que los franceses sigan el ejemplo de los Wendat:

“Si abandonarais las distinciones entre mío y tuyo, sí, tales distinciones entre los hombres desaparecerían; una igualdad niveladora tomaría su lugar entre vosotros como ahora lo tiene entre los wyandot.”²⁶

¿Qué otra cosa es esto sino una apasionada crítica comunista de la sociedad de clases? Esto no debería sorprender, porque Kandiaronk vivió en una sociedad sin clases en la que la riqueza era común. Pero, sorprendentemente, Graeber y Wengrow tratan de distorsionar el significado obvio de las palabras de Kandiaronk. En un pasaje en el que rechazan el argumento de que las diferencias de riqueza acaban traduciéndose en diferencias de poder, los autores afirman: “Recordemos que la crítica indígena americana versaba al principio sobre algo muy diferente: la percepción de cómo las sociedades europeas no habían conseguido impulsar la ayuda mutua ni proteger las libertades personales”.²⁷ Pero esto no es en absoluto lo que dijo Kandiaronk.

Los autores afirman que a Kandiaronk le “resultaba difícil concebir que las diferencias en riqueza se pudieran traducir en desigualdades sistemáticas de poder”.²⁸ Pero Kandiaronk, por su parte, parece haber comprendido bastante bien la forma en que las condiciones materiales, sobre todo los “intereses materiales separados”,

determinaban la estructura social de la sociedad europea de la época.

Se trata de una aplicación particularmente deshonesta del método idealista, en el que los autores desarrollan una idea *a priori* y luego intentan que los hechos la justifiquen.²⁹

El hecho es que en la sociedad hurón-wyandot los medios de producción se tenían en común y la estructura social era relativamente igualitaria, sin clase dirigente ni estructura estatal tal como la conocemos.

EL PAPEL DE LA AGRICULTURA

A continuación, los autores atacan la idea de que la llegada de la agricultura y la domesticación de los animales sentaron las bases materiales de las clases sociales. Explican que “se asumía que sin los activos productivos (tierra, ganado) y excedentes almacenados (cereal, lana, productos lácteos) facilitados por la agricultura, no había genuina base material para que nadie dominase a nadie”.³⁰ A continuación rechazan esta “suposición”, señalando el ejemplo de un pueblo indígena de la costa noroeste de Canadá, los kwakiutl, que practicaban la esclavitud, para demostrar la existencia de una desigualdad social sin agricultura ni ganadería y, por tanto, sin base en la producción.

El caso de los kwakiutl es interesante como ejemplo de cómo una excepción al curso más común del desarrollo confirma en realidad el papel de la producción en el desarrollo social. La principal actividad productiva de los habitantes de la costa noroeste de Canadá no se basaba en la agricultura, sino en la pesca del salmón, lo que parecería contradecir la idea de que la sociedad de clases surgió junto con el auge de la agricultura.

De ahí sacan los autores la conclusión de que las “las causas últimas de la esclavitud” no hay que buscarlas en el modo de

producción de los kwakiutl, sino en “los conceptos mismos de correcto ordenamiento de la sociedad de la Costa Noroeste”.³¹ Demos un paso atrás para admirar esta perla de sabiduría: ¡el orden social de los pueblos de la costa noroeste era producto de sus conceptos sobre el orden adecuado de la sociedad!

Pero esto no nos dice nada sobre *por qué* los kwakiutl llegaron a considerar que éste era el orden adecuado de la sociedad, que incluso los autores reconocen que no fue así en todo momento. Resulta que los primeros exploradores europeos observaron que “el salmón abundaba tanto que no se podía ver el río debido a la cantidad de animales”.³² Los salmoneros veían pasar millones de salmones durante una carrera del salmón.

Una vez desarrollada la capacidad de pescar y almacenar grandes cantidades de pescado, el control de estas manadas de salmones y del excedente que eran capaces de generar se convirtió en una inmensa fuente de poder y riqueza, de forma parecida al control de una zona agrícola muy fértil, de la que la gente depende para sobrevivir. En otras palabras, la presencia de un excedente importante en la producción empezó a permitir que una parte de la sociedad se elevara por encima del resto y se mantuviera gracias a la explotación del trabajo humano. Por lo tanto, esto se parecía más a una sociedad basada en la agricultura de lo que a los autores les gustaría admitir.

Tras haber sido destacado como la excepción que supuestamente echa por tierra la revolución neolítica como concepto, el caso de los kwakiutl en realidad no hace sino profundizar en nuestra comprensión del desarrollo de la producción necesario para dar lugar a la esclavitud y a las clases sociales. Es decir, si realmente se quiere comprender este proceso y no mistificarlo.

EL ESTADO

En la misma línea, el capítulo diez se titula “Por qué el Estado no tiene origen”. Aquí leemos: “En gran parte como la búsqueda de los orígenes de la desigualdad», buscar los orígenes del Estado es prácticamente como perseguir un fantasma”.³³

Los autores afirman: “Por ejemplo, se suele dar por sentado que los estados comienzan cuando ciertas funciones claves del gobierno —militar, administrativa y judicial— pasan a manos de especialistas a tiempo completo. Esto tiene sentido si uno acepta la narrativa de que un excedente agrícola «liberó» a una notable proporción de la población de la onerosa responsabilidad de asegurarse cantidades adecuadas de alimento”.³⁴ Así, dan a entender que sólo se trata de aceptar una «narrativa». Pero cómo se supone que surge un Estado sin esta condición, los autores nunca lo explican.

Al igual que el juego posmoderno al que juegan con la cuestión de la desigualdad, los autores afirman que no hay “consenso entre los especialistas con respecto a qué constituye un Estado”.³⁵ Aunque introducen su propia interpretación de la definición marxista (sin ofrecer ninguna cita o fuente marxista, por supuesto), “los estados hacen su primera aparición en la historia para proteger [el poder] de una emergente clase gobernante”, la dejan de lado. Según ellos, la definición marxista “introducía nuevos problemas conceptuales, como la definición de explotación”, un problema aparentemente tan difícil que ni siquiera intentan abordarlo. Peor aún, añaden, que “los liberales la aborrecían”, incluidos los autores de *El amanecer de todo lo que al parecer*³⁶.

Basándose en un libro anterior que Graeber escribió con el antropólogo Marshall Sahlins en 2017, titulado *On Kings*, los autores sugieren: “Los primeros reyes bien podrían haber sido reyes



Fiesta de bodas kwakiutl, foto tomada c. 1930 por Edward S. Curtis



Teotihuacán, México

simbólicos”³⁷. En cuanto a cómo se convirtieron en reyes de verdad, se nos informa de forma útil: “Los reyes simbólicos dejan de ser simbólicos cuando comienzan a matar gente.”³⁸ Pero incluso si esta teoría infantil y frívola fuera cierta, cosa que en realidad nunca se establece en el libro, no avanza ni un ápice en nuestra comprensión de cómo surgieron los reyes de verdad.

Graeber y Wengrow dejan claro que creen necesario acabar con las “las aburridas abstracciones de la teoría evolutiva”, como las “etapas” o los “modos de producción”³⁹. Pero al final los autores se ven obligados a recurrir a las suyas propias. Atrapados en su propio callejón sin salida filosófico, sin ninguna base fáctica para su teoría, “prueban” la existencia eterna del Estado mediante el siguiente experimento mental (¡presten atención!):

Imaginemos que Kim Kardashian tuviera un “un collar de diamantes valorado en millones de dólares” y quisiera evitar que otros se lo llevaran. ¿Cómo lo haría?

Un “personal de seguridad armado y entrenado para tratar con potenciales ladrones” podría servir. Pero, ¿“imaginemos que todo el mundo bebe una poción que le impide hacer daño a los demás”?

En ese caso, podría esconder su collar “si la mantuviera oculta en una caja fuerte, cuya combinación solo conociera ella, y solo exhibiese el collar ante audiencias en las que confiara y en acontecimientos que no se publicitasen de antemano”. ¿Problema resuelto? Tal vez, a menos que “que todo el mundo en el planeta bebe otra poción que los vuelve incapaces de mantener un secreto, e incluso incapaces de hacer daño físico a otros”.

Frente a esta multitud de invulnerables contadores de la verdad, la única

esperanza de Kim sería “convencer a todo el mundo de que, por ser Kim Kardashian, es un ser humano tan único y extraordinario que se merece tener cosas que nadie más puede.”⁴⁰.

Por lo tanto, tras llevar su “experimento” a buen puerto, los autores sugieren que lo que llamamos “Estado” es en realidad una combinación más o menos arbitraria de tres “principios”: control de la violencia, control de la información y carisma individual. A continuación argumentan que allí donde encontremos cualquiera de estos “elementos” encontraremos un Estado⁴¹.

A pesar de que esta “prueba” presupone tanto la propiedad privada como la desigualdad, es completamente circular. Los criterios se han hecho lo más abstractos posible para poder encontrarlos en cualquier parte. Tal es el poder de su “nueva ciencia de la historia”.

Pero, sorprendentemente, después de haber “demostrado” la existencia eterna del Estado, luego lo refutan en el momento en que se ven obligados a volver a los hechos, reconociendo que antes del neolítico no vemos ninguno de los “atributos habituales del poder centralizado: fortificaciones, almacenes, palacios”. “En lugar de ello, a lo largo de decenas de miles de años, vemos monumentos y enterramientos magníficos, pero poco más que sugiera la aparición de sociedades jerarquizadas, y mucho menos nada que se asemeje remotamente a «estados»”.⁴²

Así que después de haber sido llevados a dar un enorme rodeo, finalmente volvemos a la misma teoría que Graeber y Wengrow están tratando de refutar: que el Estado no siempre existió, que por lo tanto tiene un “origen”, y que su origen se puede encontrar en la producción de excedentes sobre los que eventualmente surgieron las clases sociales.

LA LUCHA DE CLASES

Hasta ahora hemos visto cómo Graeber y Wengrow se atascaron en sus propias tautologías. Pero, ¿cómo quedó “atrapada” la humanidad en nuestros actuales “grilletes conceptuales”? En algún momento, según Graeber y Wengrow, la gente simplemente dejó de experimentar y jugar con las estructuras sociales. Por desgracia, la razón por la que toda la humanidad acabó sufriendo este destino sigue siendo un misterio para los autores de *El amanecer de todo*. Pero están muy orgullosos de haber conseguido plantear la cuestión.

De hecho, la clave para responder a esta pregunta está contenida en algunos de los casos que tratan, pero se oculta asiduamente a lo largo del texto: la lucha de clases. La ausencia de la lucha de clases en *El amanecer de todo* es la razón por la que sus argumentos sobre la agencia humana y la “libertad” suenan tan unilaterales y abstractos. La sociedad de clases, el Estado, la opresión y la explotación no son simplemente ‘elegidos’, son impuestos por una parte de la sociedad a la otra.

Tomando el ejemplo de los indígenas de la costa noroeste de Canadá antes mencionado, Graeber y Wengrow afirman que la esclavitud fue simplemente elegida porque la consideraban el “ordenamiento adecuado de la sociedad”. Pero podemos ver que la razón de la esclavitud fue que la técnica productiva de la recolección del salmón se desarrolló hasta tal punto que en un determinado momento fueron capaces de producir un excedente significativo por encima de lo necesario para la supervivencia inmediata. Esto creó no sólo la posibilidad de una mayor diferenciación de clases, sino también, y de manera crucial, una necesidad positiva de mano de obra intensiva para “cosechar” y procesar el salmón necesario para mantener dicho excedente.

“

La ausencia de la lucha de clases en 'El amanecer de todo' es la razón por la que sus argumentos sobre la agencia humana y la "libertad" suenan tan unilaterales y abstractos.

”

Al final, quienes controlaban la pesca del salmón tenían un interés material en esclavizar a los prisioneros de guerra, en lugar de adoptarlos en la tribu. Por ello no es de extrañar, como explican los autores, que los esclavos “estaban sobre todo implicados en el cultivo masivo, la limpieza y el procesado del salmón y otros pescados anádmomos”.⁴³

Vemos un proceso similar con el advenimiento de la agricultura intensiva en Mesopotamia, Egipto, Mesoamérica y otros lugares del mundo. A partir de este momento, como explicaron Marx y Engels, “toda la historia de la sociedad humana, hasta la actualidad, es una historia de luchas de clases”.⁴⁴ No es casualidad que el periodo en el que nos “atascamos” coincida exactamente con el auge y la expansión de las sociedades de clases.

Los ejemplos de Teotihuacán y Uruk planteados en *El amanecer de todo* también demuestran que el resultado de determinadas luchas de clases no está predefinido de antemano; es una lucha de fuerzas vivas.

Graeber y Wengrow describen cómo, a medida que la ciudad de Teotihuacán (situada en el México actual) se desarrollaba desde aproximadamente el año 100 a.C., avanzaba “un poco por el camino del gobierno autoritario”, presentando una impresionante arquitectura monumental, como las famosas Pirámides del Sol y de la Luna, y la práctica de sacrificios humanos, al igual que otras civilizaciones mesoamericanas, como la maya. Sin embargo, hacia el año 300 d.C., la ciudad “cambió de dirección”. Añaden la siguiente conclusión significativa: “posiblemente hubo algún tipo de revolución, seguida por una distribución más equitativa de los recursos de la ciudad y el establecimiento de algún tipo de «gobierno colectivo»”.⁴⁵

La antigua ciudad sumeria de Uruk también fue testigo del surgimiento de una burocracia de templo privilegiada, seguida de un periodo de inestabilidad y colapso a finales del IV milenio a.C.. Sin embargo, a diferencia de Teotihuacán, la burocracia del templo reaparece en el registro arqueológico, junto con reyes de pleno derecho, palacios y todos los demás adornos de la sociedad de clases.

La comparación de estos dos casos, tan separados tanto en el espacio como en el tiempo, nos dice algo muy

importante. Es muy probable que en todas partes el intento de una clase emergente de explotadores -como las burocracias de los templos de Teotihuacán y Uruk- de consolidar su posición en un orden social fijo fuera resistido por las masas explotadas. A veces esta lucha dio lugar a la consolidación de estados, que mantuvieron el orden sobre esta base, suprimiendo cualquier intento de “reimaginar” la sociedad por la fuerza, como en la antigua Sumeria.

Allí donde las sociedades de clases y los Estados lograron establecerse, como en la Sumeria dinástica temprana o en las ciudades-estado mayas, surgió una poderosa ideología de gobierno que justificaba este nuevo orden como el “orden adecuado de la sociedad”. Como dijo Marx: “Las ideas de la clase dominante son en cada época las ideas dominantes”. La religión, por ejemplo, cambió, volviéndose más jerárquica.

Pero el resultado de esta lucha entre clases emergentes no siempre acabó de la misma manera. El ejemplo de Teotihuacán demuestra que otras veces la clase dominante fue derrotada y la sociedad volvió a funcionar de forma más igualitaria. Pero, finalmente, el retorno al comunismo primitivo fue seguido de la desintegración de las ciudades que siguieron este camino y su sustitución por asentamientos más pequeños o por sociedades de clases y estados más desarrollados, lo que demuestra que estaba en juego una necesidad más profunda.

En Teotihuacán, hacia el año 550 d.C., “el tejido social de la ciudad había comenzado a deshacerse por las costuras. ... Todo parece [sic] haberse desintegrado desde dentro. De un modo casi tan repentino como el de su unión, unos cinco siglos antes, la población de la ciudad volvió a dispersarse...”⁴⁶

Todo esto sirve para subrayar el punto central, que Graeber y Wengrow se esfuerzan tanto en negar, de que mientras el destino de las sociedades individuales fue el producto de una lucha de fuerzas vivas, con muchos resultados posibles, la línea general de desarrollo en todo el mundo fue hacia el fortalecimiento del dominio de clase y de los estados, culminando en el punto en el que nos encontramos hoy, cuando la desigualdad, la explotación y la opresión son universales.

¿CÓMO PODEMOS SER LIBRES?

La lucha de clases es, por tanto, esencial para entender cómo nos hemos “atascado”. Pero también nos dice cómo podemos liberarnos.

Graeber y Wengrow nos dicen que necesitamos “redescubrir las libertades que nos convierten, en primer lugar, en seres humanos”, empezando por leer su libro⁴⁷. Con el tiempo, esperan, los académicos se convencerán de abandonar todas sus teorías materialistas anteriores sobre el desarrollo social, y descubrirán que sus “nuevas verdades” son evidentes. “Somos optimistas. Confiamos en que no tardaremos tanto”, añaden⁴⁸. Pero si la conquista de la libertad humana depende de la crítica del mundo académico, lamentablemente estaremos esperando eternamente.

De hecho, es precisamente en la *lucha* contra la opresión y la explotación donde encontraremos el camino hacia la libertad humana. Como señalaron Marx y Engels hace más de cien años:

“Se trata de ... mantenerse siempre sobre el terreno histórico real, de no explicar la práctica partiendo de la idea, de explicar las formaciones ideológicas sobre la base de la práctica material, por donde se llega, consecuentemente, al resultado de que todas las formas y todos los productos de la conciencia no brotan por obra de la crítica espiritual, mediante la reducción a la “autoconciencia” o la transformación en “fantasmas”, “espectros”, “visiones”, etc., sino que sólo pueden disolverse por el derrocamiento práctico de las relaciones sociales reales, de que emanan estas quimeras idealistas; de que la fuerza propulsora de la historia, incluso la de la religión, la filosofía, y toda otra teoría, no es la crítica, sino la revolución.”⁴⁹

Enfrentados a la crisis más profunda del sistema capitalista desde la Gran Depresión, existe un odio generalizado al sistema y un movimiento creciente contra la desigualdad y la austeridad. Muchos jóvenes se están dando cuenta de que, si queremos salir de esta pesadilla, tenemos que derrocar al capitalismo. Según una encuesta reciente, el 29% de los jóvenes británicos de entre 18 y 34 años cree que el comunismo es “el sistema económico ideal”. ¿No es éste un ejemplo de seres humanos “reimaginando” un nuevo orden social?

¿Qué aporta este libro a este creciente movimiento? Lo primero que proponen estos “anarquistas” radicales es que deberíamos abandonar por completo la lucha por el comunismo: la propiedad privada y la desigualdad están aquí para quedarse. En su lugar, deberíamos simplemente redefinir el ‘comunismo’, “no como un régimen de propiedad, sino en el sentido original de «de cada uno según sus capacidades; a cada uno según sus necesidades»”.⁵⁰

Este famoso principio del comunismo es interpretado por Graeber, tanto en *El amanecer de todo* como en otras obras, como “comunismo de base”, es decir, cualquier instancia de compartir, cuidado o bondad en la sociedad, como la “ayuda mutua” o, más concretamente, lanzar a alguien una cuerda si se está ahogando (un ejemplo utilizado por Graeber). De este modo, al igual que en la teoría del Estado de los autores, el “comunismo” se redefine simplemente para que signifique lo que ellos quieren.

Pero divorciar el comunismo de la noción de propiedad común y luego presentarlo como su “sentido original” es otra distorsión típica. El comunismo siempre ha estado asociado a la propiedad común. Incluso se cree que la frase “de cada uno según sus capacidades, a cada uno según sus necesidades” proviene de Morelly, un francés, que afirma explícitamente que bajo el comunismo todos los bienes se tendrían en común. Nunca en la historia el comunismo ha significado simplemente un comportamiento amable, o sacar a alguien del mar si se está ahogando.

De hecho, el llamado “comunismo de base” de Graeber no es más que liberalismo de izquierdas redactado en lenguaje pseudo radical:

“La cuestión fundamental en la historia de la humanidad no es nuestro acceso igualitario a recursos materiales

(tierra, calorías, medios de producción), si bien estas cosas son, obviamente, importantes, sino nuestra igual capacidad para contribuir a decisiones acerca de cómo vivir juntos.”⁵¹

En lugar de acabar con la desigualdad, se nos dice que debemos reordenar la sociedad para que a la gente se le deje de decir “que sus necesidades son irrelevantes, ni que sus vidas carecen de valor”⁵². En lugar de acabar con la explotación, hay que paliar los sufrimientos de los pobres con una buena dosis de “ayuda mutua”. En lugar de luchar por desmantelar el Estado burgués, y finalmente acabar con el Estado por completo, deberíamos aspirar a que todo el mundo tenga la misma voz. Esta es una visión de la sociedad que sería bien recibida por cualquier ONG o incluso por el Papa.

No se trata simplemente de un debate académico. Toda teoría es una guía para la acción, y en este sentido *El amanecer de todo* sirve al propósito de desarmarnos para las batallas de clase que se avecinan. Si la sociedad ha de encontrar colectivamente una salida a la pesadilla en la que nos encontramos bajo el capitalismo, no será a través de otra cosa que de la lucha consciente de la clase obrera por transformar la sociedad.

En esta lucha, la clase obrera no puede confiar ni en el poder opresor del Estado,

ni en la riqueza ilimitada de los multimillonarios, ni en los lucrativos contratos de libros y la promoción por parte del establishment mediático. En última instancia, los trabajadores sólo pueden confiar en el poder de la organización y en la comprensión más clara y científica de la sociedad.

Por eso, a pesar de todas sus pretensiones “radicales”, *El amanecer de todo* es una píldora envenenada. En su cruzada por una libertad ficticia, y su hostilidad hacia una investigación genuinamente científica de nuestro pasado, la filosofía de *El amanecer de todo* no sólo es incoherente y fundamentalmente deshonesto; es reaccionaria, enemiga de la misma libertad humana que pretende defender.

Deberíamos ser optimistas, pero no por la misma razón que Graeber y Wen-grow. En el momento de escribir este artículo, millones de trabajadores están luchando contra el sistema capitalista, no porque lo hayan “elegido”, sino porque *no les queda otro remedio*. Ellos, la mayoría, tienen un interés material directo en el derrocamiento del capitalismo y en el control de los medios de producción por parte de la sociedad en su conjunto en beneficio de todos; tienen el poder para hacerlo realidad; y son cada vez más conscientes de este poder a medida que lo ejercen a través de la lucha.

En última instancia, así es como podremos ser libres. Con el control democrático de la economía, la humanidad se convertirá colectivamente por primera vez en dueña consciente de nuestras relaciones sociales:

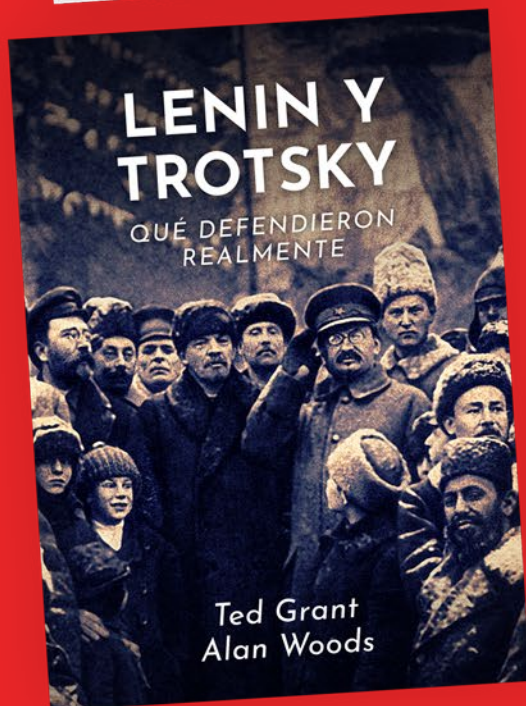
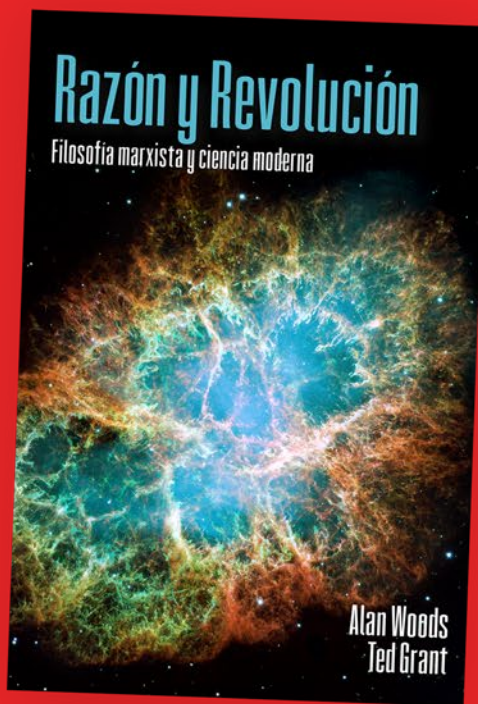
“La propia existencia social del hombre, que hasta aquí se le enfrentaba como algo impuesto por la naturaleza y la historia, es a partir de ahora obra libre suya. Los poderes objetivos y extraños que hasta ahora venían imperando en la historia se colocan bajo el control del hombre mismo. Sólo desde entonces, éste comienza a trazarse su historia con plena conciencia de lo que hace. Y, sólo desde entonces, las causas sociales puestas en acción por él, comienzan a producir predominantemente y cada vez en mayor medida los efectos apetecidos. Es el salto de la humanidad del reino de la necesidad al reino de la libertad.”⁵³ ■

Lista completa de referencias:
americasocialista.org/como-podemos-ser-libres-una-critica-marxista-de-el-amanecer-de-to-do
 o escanea el código QR:



Frei (Libre), Vasily Kandinsky (1927)

¡Nuevas ediciones en castellano!



**CENTRO
DE ESTUDIOS
SOCIALISTAS
CARLOS MARX**



Disponibles en:

centromarx.org